

CAPÍTULO III

ENTABLO RELACIONES CON LOS TODDES

La verdad que defiende está impresa en todos los monumentos del pasado. Para comprender la historia, es preciso estudiar los símbolos antiguos, los signos sagrados del sacerdocio y el arte de curar en los tiempos primitivos, arte olvidado hoy en día

...

BARÓN DU POTET

La escena tiene lugar en Madras, en la primera mitad de julio de 1883. Sopla viento del oeste, que empieza a las siete de la mañana, sea poco después de levantarse el sol y no cesa hasta las cinco de la tarde. Dicho viento sopla así desde hace seis semanas, y no ha de desaparecer hasta fines de agosto. El termómetro Fahrenheit señala 128° a la sombra. Como en Rusia no se conoce sitio escasamente lo que es el viento del “oeste” en el sur de la India, trataré de pintar a ese implacable enemigo europeo. Todas las puertas y ventanas que se hallan orientadas en la dirección de donde sopla ese vientecillo igual, continuo, suavemente aterciopelado están cubiertas por gruesos *tattis*, dicho de otro modo esteras, de *kusi*, hierba aromática. Todas las hendeduras están tapadas por burletes, la menor abertura está tapada con algodón, sustancia a la que se considera que es la mejor protección contra el viento del oeste. Mas nada le impide penetrar por doquier, hasta en los objetos suficientemente impermeables al agua. Ese viento se infiltra en las paredes y el extraordinario fenómeno que describo a continuación es provocado por su soplido igual y tranquilo: los libros, los diarios, los manuscritos, todos los papeles se agitan como si estuviesen vivos. Hoja tras hoja se levanta, como a impulso de una mano invisible, y bajo la presión de ese cálido aliento, intolerablemente ardiente, cada hoja se enrosca sobre sí misma, poco a poco, hasta convertirse en un delgado rollo, luego de lo cual el papel sigue estremeciéndose acariciado por los nuevos céfiros... El polvo, al comienzo casi imperceptible, luego en capas más gruesas, se deposita sobre los muebles y todos los efectos; si impregna una tela, no hay cepillo en el mundo que pueda quitarlo. Y en lo que respecta a los muebles, si no se les quita el polvo todas las horas, hacia la noche la capa de polvo tiene por lo menos dos centímetros de espesor.

No existe sino un remedio: *la panká*. Se abre la boca de par en par, se vuelve la cabeza hacia el oriente, se permanece sentado o acostado, inmóvil, respirando el fresco creado artificialmente por el vaivén de un ventilador gigante que atraviesa la habitación. Después que el sol se ha acostado, se puede respirar un poco de aire, aunque sobrecalentado.

Por eso en marzo la sociedad europea de Madras sigue al gobierno local, y parte hasta noviembre hacia las “Montañas Azules”. Había resuelto partir, pero no en primavera: ya estábamos promediando julio y el viento del oeste había tenido tiempo para secarme

hasta la médula de los huesos. Me invitaron mis buenos amigos –la familia del general Morgan–. El 17 de julio, medio muerta de calor, preparé rápidamente mis maletas y a las seis de la tarde me encontraba en un compartimiento de ferrocarril. Al día siguiente, antes de mediodía, estaba en Mattapolam, al pie del Nilguiri.

Me di de narices con la explotación anglo–hindú que se denomina civilización entre nosotros y, al mismo tiempo, con mister Sullivan, miembro del Consejo e hijo del colector difunto de Kuimbatour. La “explotación” se presentó bajo el aspecto de una abominable bota con dos ruedas, con una torre de tela que la cubría; ya había pagado por ella en Madras; entonces la bota se disimulaba bajo el seudónimo de “coche de resortes, cerrado y muy confortable”. En cuanto a mister Sullivan, se me apareció como el genio guardián de esas montañas, poseyendo ciertamente enorme influencia sobre las alturas que trepan hacia los cielos enfrente de nosotros, pero tan impotente como yo contra la explotación de los especuladores británicos privados, al pie del Nilguiri. No pudo hacer otra cosa que consolarme. Luego de darse a conocer y decir que regresaba junto a las autoridades bajo cuyo mando estaba –Sullivan acababa de abandonar su plantación situada no sé donde– me dio el ejemplo de la sumisión ocupando un lugar, sin protestar y como mejor pudo, en la honrosa caja de dos ruedas. Los grandes de “la raza superior” tan altivos con los brahmanes, se empuqueñecen y tiemblan ante los seres inferiores de su pueblo en la India. Lo he observado más de una vez. Tal vez temen lo que puedan divulgar y, aún más, creo, su lengua llena de hiel y la todopoderosa calumnia.

Y el miembro del Consejo no se atreve a decir una palabra al empleado sucio, “agente que transporta a los viajeros y los bagajes de Madras al Nilguiri”. Cuando éste hubo declarado con insolencia que llovía en las montañas y que no iba a correr el riesgo de estropear los colores de los coches *cerrados* porque los viajeros podían viajar en los cabriolés abiertos –ni mister Sullivan, ni los demás ingleses que se dirigían a Utti hicieron algunos de esos gestos anglo–hindúes que reducen a polvo a los indígenas de más elevado cargo.

No se podía hacer nada. Sentada a través de la caja de dos ruedas, ante la cual la *tongua* rusa en el camino de Sirula es como comparar un coche real con el furgón donde se encierran los perros en los ferrocarriles, empezamos el ascenso de la montaña. Dos tristes espectros de rocines de correos arrastraban el cabriolé. Apenas habíamos tenido tiempo de correr media milla, uno de los fantasmas se encabritó ligeramente sobre las esqueléticas patas traseras, volcando el cabriolé que me arrastró en la caída. Todo esto tuvo lugar a doce centímetros de un barranco felizmente no demasiado profundo en el cual, por lo demás, no rodé... No me costó más que una sorpresa desagradable y un vestido desgarrado.

Un inglés acudió con mucha amabilidad para socorrerme –su cabriolé se había quedado atascado en barro rojo– y dio riendas sueltas a su cólera insultando al cochero a quien no pertenecían ni la caja de dos ruedas, ni el animal que reventó en el lugar. El cochero era un indígena, por lo tanto era vano, conquistarlo de una manera o de otra. Por fuerza tuve que esperar la llegada de otro coche y de dos rocines que debían venir de la estación. No lamenté el tiempo perdido. Ya había conocido a un miembro del Consejo, bajo la construcción de una explotación común, y ahora entablé conversación con otro inglés. Esperé durante toda una hora el socorro de la estación, pero pude enterarme de muchos detalles nuevos sobre el descubrimiento del Nilguiri, el padre de

mister Sullivan y los toddes. Después, iba a encontrarme muchas veces, en Utti, con los dos “dignatarios”.

Transcurrió todavía una hora, cayó una fuerte lluvia y mi cabriolé no tardó en convertirse en una bañera con ducha. Para colmo de desdichas, a medida que subíamos el frío aumentaba. Al llegar a Chotaguiri, de donde sólo quedaba una hora de viaje, me helaba bajo mi manto de piel. Llegué a las “Montañas Azules” en el momento culminante de la estación de las lluvias. Un agua, espesa, enrojecida por la tierra desleída, rodaba hacia nosotros en torrente, y el admirable panorama de los dos costados del camino se cubría de bruma. Empero la vista seguía siendo bella, hasta en estas tristes condiciones; y el aire frío y húmedo era absolutamente delicioso después de la pesada atmósfera de Madras. El aire estaba impregnado del perfume de las violetas y del sano olor de los bosques de coníferas. ¿De cuántos misterios esos bosques, que cubrían las vertientes de las colinas y de las montañas habían sido testigos en los largos siglos de su existencia? ¡Que no habrían visto las seculares troncos en las “Montañas Azules”, esa honda tumba que velaba desde tanto tiempo atrás, con celo, escenas que recuerdan las de Macheth! Las leyendas, hoy, no están más de moda, se las llama cuentos –y es natural–. “La leyenda es una flor que se abre sólo en la base de la fe.” Pues bien, la fe ha desaparecido desde hace mucho tiempo en los corazones del Occidente civilizado; por eso, aquellas flores se marchitan bajo el mortífero aliento del materialismo contemporáneo y de la incredulidad general.

Esta rápida transformación del clima, de la atmósfera y de la naturaleza toda me pareció milagrosa. Olvidé el frío, la lluvia, la horrible caja donde estaba sentada sobre mis valijas y baúles medio rotos y manchados de lodo; sólo tenía prisa por husmear, por beber ese aire puro y maravilloso que no respiraba desde hacía años... Llegamos a Utti a las seis de la tarde.

Era domingo y nos encontramos con la multitud que regresaba a su casa luego del servicio de la tarde. La multitud estaba compuesta en su mayoría por euroasiáticos, por *europeos* cuyas venas están impregnadas de sangre “negra”, esos pasaportes ambulantes, con la filiación particular que llevan desde la cuna hasta la tumba en las uñas, en el perfil, en los cabellos y en el color del rostro. No conozco en el mundo nada más ridículo que un euroasiático vestido con una levita a la moda y tocado con un sombrero redondo sobre una frente estrecha –salvo quizás una euroasiática ataviada con un sombrero con plumas que la semeja a un caballo de pompas fúnebres, cubierto con una gualdrapa negra adornada con plumas de avestruz–. Ningún inglés es capaz de experimentar y sobre todo de manifestar respecto de los hindúes el desprecio que sienten los euroasiáticos. Este último aborrece al aborigen con un odio que se mide por la cantidad de sangre indígena asimilada... Los hindúes pagan al euroasiático con la misma moneda y con creces. El “dulce” pagano se convierte en cruel tigre a la sola palabra “euroasiático”.

Empero no miraba a los desmañados criollos que se embarraban hasta las rodillas en el espeso lodo de Uttakamand, que inundaba, tal como un pantano de sangre, todas las calles de la pequeña ciudad. Al aproximarse a Utti, mi mirada no se detenía en los misioneros recién afeitados que predicaban bajo sus paraguas abiertos al espacio vacío, agitando, con además patético, el brazo libre, bajo árboles que lloraban lluvia. No, no. Aquellos a quienes buscaba no estaban allí: los toddes no paseaban por las calles y no se

acercaban casi nunca a la ciudad. Mi curiosidad era vana –no tardé en saberlo–. Sólo pudo ser satisfecha algunos días después.

La víspera, en el tren, moría sofocada, debido al intolerable calor. Ahora, por falta de costumbre, temblaba de frío bajo el acolchado y toda la noche hubo fuego en mi estufa.

Durante tres meses, hasta fines de octubre, trabajé para lograr nuevas informaciones acerca de los totodes y los kurumbes. Iba como nómada a visitar los primeros y trabé conocimiento con casi todos los Ancianos de esas dos tribus extraordinarias. Mistress Morgan y sus dos hijas que eran todas nativas de esas montañas y hablaban la lengua de los baddagues, así como el tamil, me ayudaron mucho y se esforzaron por enriquecer cada día mi colección de hechos. He reunido aquí cuanto pude aprender personalmente de ellas; de otras relaciones, así como lo que pude aprender de los manuscritos que me confiaron. Entrego estos hechos al estudio del lector.

Cabe afirmar en verdad que no existe en ningún lugar del mundo una tribu que se parezca a los totodes. El descubrimiento de las “Montañas Azules” fue un día para Madras lo que había sido la de América para el Viejo Mundo. Numerosos libros aparecieron en estos últimos cincuenta años, acerca del Nilguiri y los totodes, no hay uno solo que, desde el comienzo al fin, no plantee la cuestión: “¿Quiénes serán, pues, los totodes?”

En efecto, ¿de dónde han venido? ¿De qué han venido esos gigantes, verdaderos “brobdingnags” de las tierras de Gulliver? ¿De qué rama de la humanidad, seca, muerta desde hace mucho, convertida en polvo, ese fruto extraño, desconocido ha caído en las “Montañas Azules”?

Ahora que los ingleses hace más de cuarenta años que viven junto a los totodes, habiendo aprendido de ellos todo cuanto puede saberse –sea algo igual a cero–, las autoridades de Madras se calmaron un tanto y cambiaron de táctica. “Ningún misterio se relaciona con los totodes y por esa razón nadie puede conocerlo, dicen los funcionarios. No existen y no hay nada de enigmático en ellos... Son hombres semejantes a los otros. Hasta su influencia, incomprensible en el primer momento, sobre los baddagues y los kurumbes, se explica con bastante facilidad: trátase del supersticioso temor de aborígenes ignorantes y de enanos muy feos ante la belleza física, la alta estatura, ante el poder moral de otra tribu.” En resumen: “Los totodes son salvajes bellos aunque algo sucios, irreligiosos, y sin pasado consciente. Representan sencillamente una *tribu que olvidó su descendencia*. Medio animal, como las demás tribus en la India.”

Por el contrario todos los funcionarios, los agricultores, los plantadores, toda esa humanidad que se afincó y vive desde hace muchos años en Uttakamand, en Kottaguiri, y en otras aldeas y poblados en las laderas del Nilguiri, abordan el problema de modo diferente. Los moradores sedentarios de los sanatorios³⁶ que brotaron como hongos, en treinta años en las “Montañas Azules” saben cosas que los funcionarios ingleses recién llegados a la comarca no se imaginaron ni en sueños –pero se callan sabiamente–. ¿Quién desea ser objeto de risa para los demás? Pero hay también seres que no temen hablar francamente y con fuerza de lo que dan por cierto.

³⁶ Los ingleses llaman así las villas en las montañas de la India, como Simla, Dardjelling, Misuri, etc., adonde se envían para curas de salud a los oficiales y soldados.

Entre estos últimos citaré a la familia, que me invitó y que no había abandonado Uttakamand desde hacía cuarenta años. Esta familia se compone del general Rodhes Morgan, de su mujer, amable y culta, y de sus ocho hijas e hijos casados; todos son del mismo parecer, cabal y firme acerca de los toddes y los kurumbes, más en especial acerca de los últimos.

—Mi mujer y yo hemos envejecido en estas montañas, decía a menudo el honorable general inglés. Nosotros y nuestros hijos hablamos la lengua de los baddagues y comprendemos el dialecto de las tribus locales.

Centenares de baddagues y kurumbes trabajan en nuestras plantaciones. Están acostumbrados a vivir con nosotros y nos aman, nos consideran como su familia, como sus fieles amigos y protectores. Por lo tanto si en verdad alguien los conoce bien, su vida doméstica, sus costumbres, sus ritos, sus creencias, no puede ser sino nosotros: mi mujer, yo y mi hijo mayor que está empleado aquí de recaudador, siempre tuvimos tratos con ellos. Por eso, fundándome *en hechos más de una vez probados en los tribunales*, declaro orgullosamente: los toddes y los kurumbes poseen real e indiscutiblemente cierta fuerza, están dotados de cierto poder de los cuales nuestros sabios no tienen idea alguna... Si fuera hombre *supersticioso*³⁷ resolvería este problema muy sencillamente. Hablaría, por ejemplo, como nuestros misioneros: los mulu-kurumbes son una progenie infernal, nacen directamente del diablo. En cuanto a los toddes, aunque paganos, sirven de contraveneno a los kurumbes; representan el instrumento de Dios para debilitar el poder y contrarrestar las acechanzas de los kurumbes. Pero como no creo en el diablo, he llegado desde hace mucho a otra convicción: no debemos negar —en el hombre y la naturaleza las fuerzas que no comprendemos. Si nuestra orgullosa ciencia, carente de sabiduría, se niega a admitir su realidad, esto se debe únicamente— a que no es capaz de comprenderlas y clasificarlas³⁸.

He visto demasiados ejemplos que demuestran irrefutablemente la realidad, la presencia de esta fuerza desconocida por nosotros, para no condenar el escepticismo de la ciencia a su respecto³⁹.

Todo cuanto mi honorable amigo y dueño de casa vio y oyó en medio de los toddes y los kurumbes podría llenar volúmenes enteros. Relataré un hecho acerca del cual el general, su mujer y los hijos dan fe de su autenticidad. Ese relato prueba hasta qué

³⁷ El honorable general es un “librepensador”, que aprecia mucho el *agnosticismo* científico de la escuela de Herbert Spencer y de los filósofos de esta familia.

³⁸ Interesa comparar la opinión del *escéptico* inglés con la opinión del sacerdote Bellustin que escribió a menudo en las revistas de la capital acerca de las supersticiones populares rusas en lo que concierne a las brujerías y los brujos. Más adelante, el pensamiento del general inglés se aproximará aún más a la del sacerdote ruso.

³⁹ Es un extracto del manuscrito inglés de un “Informe” del mayor general Morgan, dirigido al comité organizado por el Consejo General de la Sociedad Teosófica “para el estudio de las religiones, costumbres, cultos y supersticiones de las tribus montañosas dravídicas”. Ese informe, redactado por uno de los principales miembros del Consejo, presidente de la Sociedad Teosófica del Toddebet a Uttakamand fue leído, en conferencia pública, ante 3.000 personas, el día de la asamblea anual de los miembros, 27 de diciembre de 1883, en Adyar (Madras). La familia del general Morgan es muy conocida en el sur de la India. Su mujer y él gozan de la estima de la sociedad europea. Revelo aquí su nombre y me sirvo de su testimonio con su *pleno consentimiento*. Invito a los escépticos de Rusia a dirigirse, para más amplias informaciones, al general mismo, si desean conocer la opinión de un sabio inglés acerca de la hechicería y los encantamientos de los mulu-kurumbes.

punto esas personas cultas creen en la hechicería y la fuerza demoníaca de los mulu–kurumbes.

–Habiendo vivido por muchos años en el Nilguiri, escribe mistress Morgan⁴⁰ en su libro “*La hechicería en el Nilguiri*” (“*Witcheraçe on the Nilguiris*”), rodeada por centenares de indígenas que pertenecían a distintas tribus y a quienes recluté para trabajar en mis plantaciones, conociendo bien su idioma, tuve oportunidad de observar en todos esos años sus vidas y costumbres. Sabía que muy a menudo recurren a la demonología, a la hechicería, sobre todo los kurumbes. Esta última tribu se divide en tres ramas. La primera –kurumbes simples– se compone de habitantes sedentarios de los bosques que, muchas veces, se enganchan como obreros; la segunda –los teni–kurumbes (de la palabra *tein*, miel)– se alimentan de miel y raíces; la tercera –mulu–kurumbes–. Estos últimos se encuentran con más frecuencia que los teni–kurumbes en los lugares civilizados de las montañas, es decir en las aldeas europeas; son muy numerosos en los bosques de la vecindad de Viniade. Usan el arco y la flecha y gustan de cazar el elefante y el tigre. Existe en el pueblo la creencia –y los hechos demuestran muchas veces la verdad– de que los mulu–kurumbes (como los toddes) tienen poder sobre los animales salvajes, sobre todo los elefantes y los tigres. Hasta pueden en caso necesario, tomar la forma de esos animales. Gracias a dicha licantropía los mulu–kurumbes cometen muchos crímenes sin que se pueda castigarlos; son rencorosos y malvados. Los otros kurumbes siempre se dirigen a ellos para que les presten socorro... Si un indígena desea vengarse de un enemigo, va en busca de un mulu–kurumbe...

Recientemente, entre los obreros que trabajan en una plantación de Uttakamand, había un grupo de baddagues, treinta hombres jóvenes y vigorosos que, todos, sin excepción alguna, se habían criado en nuestro dominio donde, antes que ellos, sus padres y madres habían servido. Bruscamente, sin causa aparente, su número disminuyó. Casi todos los días notaba la ausencia de un obrero, luego otro. La encuesta reveló que el ausente había caído de súbito enfermo; poco después, moría.

Un día de mercado, me encontré con un *monegar* (anciano) de la aldea a quien pertenecían los obreros baddagues. Me divisó, se detuvo, luego se acercó saludándome con reverencia.

–Madre, me dijo, estoy muy triste porque me sobrevino una gran desgracia. Y, bruscamente, el monegar estalló en sollozos.

–¿Qué ocurre? Habla pronto...

–Todos mis hombres se mueren uno tras otro, y soy incapaz de socorrerlos, impotente para detener el mal... ¡Los kurumbes los están matando!...

Comprendí y le pregunté qué motivo impulsaba a los kurumbes a cometer esos crímenes.

–Siempre quieren más dinero... Les damos casi todo lo que ganamos. Pero están descontentos. El invierno pasado les dije que no teníamos más dinero, que no podíamos darles más. “*Sea... hagan lo que quieran... ¡Pero conseguiremos lo que queremos!*” Cuando contestan de esta suerte, ya se sabe por anticipado lo que esto quiere decir. Esas palabras predicen la muerte inevitable de alguno de nuestros compañeros... De noche,

⁴⁰ Mujer del general e hija del Gobernador general de Travankore, en Trivandrum donde había nacido.

cuando todo duerme a nuestro alrededor, pronto nos despertamos todos y vemos a *un kurumbe en medio de nosotros*. Nuestro grupo duerme en un gran cobertizo.

–¿Por qué no cierran mejor las puertas?... ¿con cerrojo?... –pregunté al anciano,

–Le echamos cerrojo... ¡Cómo si se tratase de cerrojo! Que se cierre todo, ya el kurumbe hallará medio de pasar a través de no importa qué... muros de piedra no son obstáculo para él... Miramos, luego de despertar en el temor y allí está *él*, en medio de nosotros... nos fija con la mirada a uno tras otro ... luego levanta el dedo y señala a uno, luego al otro ... Madu, Kuriru, Djogui (los nombres de las tres últimas víctimas)... y no abre la boca, se calla... sólo señala... luego se desvanece súbitamente, sin dejar huella alguna... Algunos días después, aquellos que fueron señalados con el dedo caen enfermos; la fiebre se apodera de ellos, el vientre se les hincha... y al *tercer*, a menudo al *décimotercer día*, mueren. De este modo en estos últimos meses, de treinta jóvenes dieciocho han muerto... ¡Ahora somos un puñado de hombres!...

Y el monegar lloraba a lágrima viva.

–¿Por qué no se quejan ustedes al gobierno? le pregunté.

–¿Acaso nos creerán los *saabs*? ¿Y quién puede apoderarse de un mulu–kurumbe?

–Vaya y entregue a esos horribles enanos lo que les piden, doscientas rupias, y que prometan dejar al menos a los otros tranquilos...

–Sí, habrá que hacerlo –dijo suspirando. Y luego de saludarme, se retiró

Ese relato es uno de los numerosos ejemplos que me citó la señora Morgan, mujer inteligente y grave. Muestra que muchos ingleses comparten la fe de los indígenas “supersticiosos” en la oculta fuerza mágica.

–Vivo en medio de esas tribus desde hace más de cuarenta años, me decía a menudo la mujer del general. Las he observado muchas veces y extensamente. Hubo un tiempo en que no creía en esa “fuerza”, juzgando absurdas todas esas cosas... Pero, convencida por los hechos, he creído como muchos otros...

–Por cierto debe saber usted... que se mofan de su creencia en la “hechicería”... observé un día.

–Lo sé. Pero el parecer de las masas que juzgan superficialmente no puede cambiar mi propia opinión, pues ésta se funda en hechos.

–Mister Betten me contó ayer por la noche en la cena, riendo, que hace unos dos meses, se encontró con unos kurumbes... y a despecho de sus amenazas, está todavía con vida ...

–¿Qué le dijo exactamente? –preguntó con vivacidad mistress Morgan, quitándose los anteojos y dejando a un lado su labor.

–Había herido un elefante en la caza, pero el animal desapareció en lo más denso del bosque. Sin embargo, como el elefante era magnífico, mister Betten no quería perderlo. Tenía con él ocho burgher–baddagues; les dió orden de seguirlo y de encontrar el animal herido. Pero el elefante les obligó a alejarse mucho, muchísimo más lejos. En cierto momento, mientras los baddagues declaraban que no irían más lejos, temiendo encontrarse con los kurumbes, vieron por fin el cuerpo inerte del elefante. Pues bien, al

lado del animal, el inglés se topó con kurumbes. Estos declararon que el elefante les pertenecía, que acababan de matarlo y lo probaron mostrando doce flechas hundidas en el cuerpo... Empero, Betten buscó la herida producida por su bala. Según él, los kurumbes no hicieron otra cosa que rematar el animal ya gravemente herido... Pero los enanos insistieron en su derecho. Entonces –y, siempre según las palabras de mister Betten–, y pese a sus maldiciones, los expulsó, luego regresó después de haber cortado la pata y los colmillos del elefante. “Sigo sano y salvo, declaró riendo. Empero los hindúes, en mi oficina, ya me enterraron después de conocer mi encuentro con los kurumbes...

Mistress Morgan escuchó pacientemente mi relato, luego me preguntó: –¿No le dijo nada más?

–No.

La cena estaba llegando a su fin y la charla se hacía general.

–Entonces, les diré lo que calló; luego de haber hablado, llamaré a un testigo, el único que con Betten sobrevivió a este desagradable encuentro... Betten les dijo las palabras que los kurumbes pronuncian cuando quiso apoderarse por primera vez de los colmillos del animal: “aquel que toque *nuestro* elefante nos verá a la *hora de su muerte*”. Es la fórmula habitual de su amenaza. Si los baddagues de Betten hubiesen pertenecido a esta región, habrían preferido que éste los matase allí mismo que despreciar la amenaza de los kurumbes. Pero los había traído de Maisur. Betten hirió al animal, pero es demasiado sensible –lo confesó él mismo– para despedazarlo. No es más que un cazador a medias, un “cockney” de Londres, agregó mistress Morgan con desprecio. Quienes cortaron la pata y las defensas del animal fueron los chicaris de Maisur, luego las acarrearón colgadas de pértigas. Eran ocho hombres. ¿Y ahora desea usted, saber cuántos permanecen aún con vida?

La mujer del general dio unas palmadas, llamaba así a su criado. Mandó a éste que buscara a Purna.

Purna era un viejo chicari, cuya salud parecía destrozada. La mirada de sus ojillos negros amarillentos, como después de un derrame de bilis, se paseaba, temerosa. de su señora a mí. Por cierto no comprendía porqué lo habían llamado al salón de los saabs.

–Dime, Purma, preguntó con tono resuelto la mujer del general. ¿cuántos eran los chicaris que cazaban el elefante, hace dos meses, con Betten saab?

–Ocho hombres, señora saab; Djotti, un niño, era el noveno. contestó el anciano con voz ronca, tosiendo.

–¿Cuántos son ustedes hoy?

–Me quedé solo, señora saab, dijo el viejo con un suspiro.

–¿Cómo? exclamé con espanto no fingido. ¿Todos los demás, hasta el niño, han muerto?

–*Murche* (están muertos), todos, gimió el viejo cazador.

–Cuenta a la señora saab cómo y por qué murieron, ordenó la mujer del general.

–Los mulu–kurumbes los mataron: se le hinchó el vientre a uno, luego al otro –y todos murieron hace cinco semanas...

–¿Cómo pudo salvarse éste?

–Lo envié enseguida a los toddes para que lo curasen, explicó mistress Morgan. Los toddes no recibieron a los otros... nunca se encargan de curar a quienes beben, los mandan de vuelta... por eso mis buenos obreros murieron uno tras otro, hasta veinte hombres, agregó suspirando... Así es... ese viejo se sanó... por otra parte dice que no tocó el elefante... sólo llevaba un fusil. Betten, como se lo oí decir a él mismo, y como otros después me lo afirmaron, amenazó a los chicaris con obligarlos a pasar la noche en el bosque, con los kurumbes, hasta la mañana, si no se llevaban los despojos del elefante. Espantados, cortaron de prisa, la pata, los colmillos y los trajeron... Purma, que había vivido mucho tiempo en casa de mi hijo en Maisur, corrió a verme... y al punto lo envié a casa de los toddes con sus compañeros. Pero no recibieron a nadie, salvo a Purma que nunca bebe. Los demás cayeron enfermos ese mismo día... Andaban entre nosotros semejantes a fantasmas, verdes, enflaquecidos, con el vientre enorme... No había transcurrido un mes cuando todos estaban muertos de *fiebres* según el diagnóstico del médico militar.

–Pero el desdichado niño ¿no podía ser un borracho? pregunté. ¿Por qué los toddes no lo salvaron?

–Los niños de cinco años ya beben aquí, contestó mistress Morgan con expresión de disgusto. Antes de nuestra llegada en las montañas del Nilguiri, no se olía en el aire el tufo de las bebidas espirituosas. Este es un beneficio que la civilización ha difundido en esta región. Y ahora...

–¿Ahora?

–Hoy el aguardiente mata a tantos hombres como los kurumbes. Es su mejor aliado... Si no fuera por el alcohol, los kurumbes serían por completo impotentes a causa de la vecindad de los toddes.

Nuestra charla terminó con éstas palabras. La mujer del general ordenó enganchar dos bueyes a un gran coche y me propuso ir con ella a visitar su aldea, tras *las hierbas*. Salimos.

En todo el tiempo que duró el trayecto me habló de los toddes y de los kurumbes.

Mistress Morgan ama las montañas y está orgullosa de ellas. Se considera como hija de las montañas y los toddes, hasta los obreros baddagues son para ella como parte de su familia. La mujer del general no puede perdonar a su gobierno el que no reconozca los “sortilegios ocultos” y sus temibles consecuencias.

–Nuestro gobierno es sencillamente estúpido, decía mistress Morgan agitándose en el coche. Se niega a establecer una comisión investigadora, no quiere creer en la realidad que admiten los indígenas de todas las castas: mientras éstos recurren a horribles medios para cometer crímenes impunes, ¡y mucho más a menudo de lo que la gente se imagina! El terror del ocultismo es tan grande en nuestro pueblo, que los hombres prefieren matar a una docena de criaturas inocentes gracias a sortilegios de una clase muy distinta con tal que puedan curar a un enfermo de quien se sospecha que fue herido por el *ojo* de un kurumbe... Un día paseaba, montada a caballo, por la comarca, de pronto mi caballo

resopló, se encabritó y, dando un brinco de costado por completo inesperado, por poco no me echa de la silla. Miré al camino y vi una cosa muy extraña. Era una enorme cesta chata en el cual habían colocado la cabeza de un carnero que fijaba sobre los transeúntes su mirada apagada; junto al cesto habían puesto un coco, diez rupias de plata, arroz y flores. Ese cesto estaba en la cúspide de un triángulo compuesto por tres hilos muy finos atados a tres postes. Habían dispuesto todo el aparato de modo que una persona que se adelantase en un sentido o en el otro del camino debía inevitablemente chocar con los hilos, romperlos y recibir un violento golpe de ese *sunnium* mortífero –se denomina así esa clase de sortilegio. Es el medio más común que emplean los indígenas; se recurre a esa brujería en caso de enfermedades cuyo único fin es la muerte. Entonces se prepara el *sunnium*. Aquel que lo toca, aunque sólo sea un hilo, agarra la enfermedad, mientras el enfermo se sana. El *sunnium* con el cual casi tropiezo, había sido colocado de noche, en el camino del club que se cruza casi siempre en la oscuridad. Mi caballo me salvó, pero lo perdí: murió dos días después. Después de este suceso, ¿cómo no creer en el *sunnium* y en todas las brujerías!... Y lo que me exaspera, prosiguió la mujer del general, es que los médicos atribuyen la muerte provocada por ese sortilegio a cierta fiebre desconocida. Sorprendente fiebre que sabe escoger a sus víctimas con tanta inteligencia y sin ningún error. Nunca ataca a quienes no tienen nada que ver con los kurumbes. Es la consecuencia de un encuentro desagradable, de una querrela con ellos o de su cólera contra la víctima. Nunca hubo fiebres en el Nilguiri. Es el lugar más sano del mundo. Jamás, desde que nací, mis hijos estuvieron enfermos ni siquiera una hora. Fíjese en Edhit y en Claire. Contemple la fuerza y la tez de esas muchachas, agregó mistress Morgan, señalando a sus hijas.

Pero no escuchó mis elogios. Siguió atacando a los médicos...

Bruscamente, la mujer del general, interrumpió sus invectivas y exclamó:

–Mire! He aquí a uno de los más bellos *murti* de las aldeas de los todde. Su *Kopilall* santo, el más anciano vive allí.

Los todde, ya lo dije, es un pueblo nómada a medias. Desde Rongasuam al Toddabet, toda la cresta de la cadena de montañas está llena de *murtis* o poblados, si un grupo de tres o cuatro moradas piramidales puede llamarse “poblado”.

Dichas casas están construidas no lejos una de la otra y, entre ellas, distinguiéndose de las demás por su tamaño y su edificación más cuidada, resplandece un *tiriri*, “establo sagrado de los búfalos”. En el *tiriri*, detrás de la primera “cámara”, que sirve de refugio nocturno para los búfalos y sobre todo para las hembras, habitación de buen tamaño, se halla siempre una segunda cámara. Eterna oscuridad reina en esta última sala: no tiene ventana ni puerta y su única entrada la constituye un agujero de un archine cuadrado –dicha cámara debe ser el *templo* de los todde, su *Sancta Sanctorum* donde tienen lugar ceremonias misteriosas que nadie conoce. Ese agujero sólo se cava en el rincón más sombrío. No puede penetrar allí ninguna mujer, ningún todde casado; en una palabra, ningún *kut* o persona que pertenezca a la clase laica. Únicamente los *terallis*, o “sacerdotes oficiantes” gozan de libre acceso al *tiriri* interior.

La misma construcción está rodeada siempre por un muro de piedra bastante alto, y el patio o *tu-el*, encerrado por esa pared, es considerado asimismo sagrado. Las casas levantadas en torno del *tiriri* recuerdan de lejos por su forma las tiendas de los *kirghizes*. Empero, están construidas con piedras y cubiertas con un cemento muy

sólido; tienen una longitud de 12 a 15 pies, un ancho de 8 a 10 pies, y su altura, del suelo a la punta del tejado piramidal, no supera los 10 pies.

Los toddees no viven en su morada de día: sólo pasan allí la noche. Sin prestar ninguna atención al tiempo, arrastrando las más violentas ráfagas de los monzones, las más torrenciales lluvias, se puede ver grupos de toddees sentados en el suelo, o andando en parejas. En seguida después de la puesta del sol, desaparecen tras las minúsculas hendeduras de sus pirámides en miniatura. Una alta silueta se desvanece tras la entrada a la casa; luego los toddees cierran la abertura desde el interior, gracias a un postigo muy grueso de madera. Y hasta la mañana siguiente no salen más. Después de la puesta del sol, nadie puede verlos, ni obligarles a salir de su morada.

Los toddees se dividen en siete *clanes* o tribus. Cada clan se compone de cien hombres y de veinticuatro mujeres. De acuerdo con lo que dicen los toddees, ese número no varía *ni puede cambiar*; permanece eternamente igual desde su llegada a las montañas. En efecto, las estadísticas lo demuestran, para este último medio siglo. Los ingleses explican por la poliandria el hecho extraño de esta constancia en la cifra de los nacimientos y las muertes que encierra a los toddees en ese número secular de setecientos hombres; los toddees sólo tienen una mujer para todos los hermanos de una misma familia; aun cuando éstos sean doce hombres.

La notable escasez de niños del sexo femenino en los nacimientos anuales se atribuyó ante todo a la matanza de los recién nacidos bastante difundida en la India. Pero nunca se pudo demostrar ese hecho. Pese a todas las recompensas prometidas por ingleses en el caso de cualquier denuncia, pues éstos, no se sabe por qué, ardían en deseos de sorprender a los toddees en flagrante delito –fue imposible comprobar el menor caso de asesinato de niño. Los toddees sólo sonríen con desprecio ante esas sospechas.

–¿Por qué matar a las *madrecitas*? dicen, Si no tuviéramos necesidad de ellas, no existirían. Conocemos el número de hombres, el número de madres que necesitamos, no tendremos más.

Este extraño argumento indujo al geógrafo y estadístico Torn, a escribir con cierto enojo en su libro acerca del Nilguiri: “Son unos salvajes, unos idiotas... Se burlan de nosotros... “Sin embargo, los hombres que conocen desde hace mucho a los toddees, que los han observado, ellos y sus costumbres, por muchos años, piensan que los toddees hablan gravemente y creen en sus afirmaciones. Hasta van más lejos y formulan francamente la opinión de que los toddees, como muchas otras tribus que viven en el seno de la naturaleza, han descubierto un mayor número de misterios naturales: por eso conocen mejor la fisiología práctica que nuestros médicos más sabios. Los amigos de los toddees están absolutamente convencidos que reconociendo la inutilidad de recurrir al infanticidio, puesto que saben aumentar o disminuir a voluntad el número de “madres” –los toddees dicen la verdad, aunque su *modus operandi* en ese oscuro problema fisiológico es para todos un impenetrable secreto.

Las palabras “mujer”, “hija”, y “virgen” no existen en la lengua de los toddees. El concepto del sexo femenino está ligado indisolublemente en ellos con el de la maternidad. Por eso no conocen ningún término especial para denominar nuestro sexo, sea cual fuere el idioma en que se expresan. Cuando se refieren a una anciana o a una niña, los toddees siempre dicen “madre”, empleando, si la precisión es necesaria, los adjetivos “vieja”, “joven” y “pequeña”.

–Nuestros búfalos, declaran a menudo, han fijado de una vez por todas nuestro número: el de las madres depende también de ellos.

Los todde nunca se quedan por mucho tiempo en *un murti*, sino que pasan de uno a otro en la medida en que desaparece el forraje para los búfalos. Gracias al terreno y a la feracidad de la flora en las montañas, el forraje no tiene igual en el resto de la India. Tal vez se deba a ello el que los búfalos de los todde superen por el tamaño y la tuerza a todos los animales de su especie, no sólo en ese país sino en el mundo entero. Pero allí también se manifiesta un misterio impenetrable: los baddagues y los plantadores poseen asimismo búfalos que se alimentan con los mismos pastos. ¿Por qué entonces sus animales son más pequeños y más débiles que el ganado de los “rebaños sagrados” de los todde? El tamaño gigantesco de los búfalos santos induce a creer que representan las últimas supervivencias de los animales antidiluvianos. Los animales de los plantadores nunca podrán igualar por el vigor a los de los todde, y éstos se niegan categóricamente a prestar sus búfalos para una cruce de *razas*.

Cada clan de los todde –hay siete– se divide en algunas familias: cada familia, según el número de sus miembros, posee una, dos o tres casas en el *murti* –y están situadas en varias pasturas. Así cada familia tiene una morada siempre lista, sea cual fuera la pastura a la que llega, y a menudo varios poblados que le pertenecen, a ella sola, con el inevitable *tiriri*, templo–establo para los búfalos. Antes de la llegada de los ingleses, antes que se diseminasen, tal como una vegetación parásita, por las laderas del Nilguiri, los todde que se trasladan de un *murti* a otro, dejaban vacío el *tiriri*, lo mismo que las demás construcciones. Pero, al observar la curiosidad y la indiscreción de los recién llegados que desde los primeros días de su “violenta invasión” se esforzaban por penetrar en sus edificios sagrados– los todde se hicieron más prudentes. Desconfían, habiendo perdido su antigua confianza y dejan en el *tiriri* un “*teralli*”⁴¹ sacerdote, conocido hoy día con el nombre de *pollola*⁴², con sus ayudante *kapillol* y dos búfalos hembras.

“Hemos vivido pacíficamente en estas montañas durante ciento noventa y siete generaciones, dicen los todde quejándose a las autoridades, y ni uno solo, salvo nuestro *terallis*, nunca se atrevió a cruzar el umbral tres veces sagrado del *tiriri*. Los búfalos braman de cólera... que se prohíba a los hermanos blancos aproximarse al *tu-el* (barrera santa) ; sino sucederá una desgracia, una terrible desgracia...”

Y las autoridades, muy sabiamente, prohibieron a los habitantes de los valles, sobre todo a los ingleses y a los misioneros, curiosos e insolentes, la entrada al *tu-el*, y hasta aproximarse a él. Mas los ingleses no se quedaron tranquilos hasta que dos de sus compatriotas fueron matados en distintas épocas: los búfalos los levantaron con sus enormes y puntiagudos cuernos y los aplastaron con sus pesadas patas. El tigre mismo que desprecia el búfalo de los todde no se atreve a medirse con este animal.

Por eso nadie pudo descubrir el misterio que se oculta en el cuarto situado tras el establo de los búfalos. Hasta el mismo misionero Metz, que vivió treinta años con los todde, no logró descubrir dicho enigma. La descripción y las informaciones que fueron suministradas a este respecto por el mayor Frezer y otros etnólogos y escritores sólo se

⁴¹ Asceta célibe, ermitaño.

⁴² Pollola, guardián, y kapillol, sub-guardián.

fundan en la fantasía. El mayor “había penetrado en el cuarto tras el establo de búfalos y sólo halló en ese templo que interesaba a todo el mundo, una cámara completamente vacía y sucia”. Es cierto que los toddees acababan de alquilar su aldea a las autoridades y habían transportado sus penates a otra pastura, mucho más extensa. Todo cuanto las casas y el templo contenían había sido llevado; los edificios mismos debían ser destruidos.

Los toddees no se ocupan de la cría del ganado, carecen de vacas, ovejas, caballos, cabras, aves de corral. Sólo poseen sus búfalos. Los toddees no gustan de las gallinas pues “los gallos molestan de noche y despertarían con sus gritos a los cansados búfalos”, me explicó un anciano. Ya dije que los toddees no tenían perros. Empero, entre los baddagues se encuentra ese animal; el perro, en efecto, es muy útil y hasta necesario en las cuevas de los bosques. Como lo hacían antes de la llegada de los ingleses, los toddees no se entregan a trabajo alguno: no siembran, ni cosechan. Sin embargo, no les falta nada, aunque no se imponen preocupación alguna de asuntos monetarios, ni entienden nada en esas cuestiones materiales, con la excepción de unos pocos ancianos. Sus mujeres adornan con muy bellos bordados la orla de sus sábanas blancas, su única cobija; pero los hombres desprecian abiertamente todo trabajo manual o físico. Todo su amor, todas sus meditaciones, todos sus sentimientos piadosos se concentran en sus magníficos búfalos. Las mujeres de los toddees no pueden acercarse a esos animales; los hombres son los únicos que se ocupan de ordeñar los búfalos hembras y se hacen cargo de todos los cuidados que se prestan a esos animales sagrados.

Algunos días después de mi llegada, acompañada sólo por mujeres y niños, fui a visitar un *murti* a unas cinco millas de la ciudad. Algunas familias *toddees* vivían entonces en esa aldea, con un anciano *teralli* y un grupo de “sacerdotes”, como nos informaron. Ya había tenido oportunidad de conocer a algunos toddees, pero no había visto a sus mujeres tú presenciado su “ceremonia” con los búfalos. Partimos con la intención de asistir, si fuera posible a la “ceremonia” de entrada de los búfalos en el establo; me habían hablado mucho de ella y deseaba extraordinariamente presenciarla.

Ya era casi las cinco de la tarde y el sol se acercaba al horizonte cuando nos detuvimos a la linde del bosque; luego de bajar del coche, atravesamos a pie un extenso claro. Los toddees estaban ocupados con sus búfalos y no nos notaron, ni siquiera cuando estuvimos cerca. Pero los búfalos empezaron a bramar; uno de los animales, el “jefe”, sin duda, con campanillas de plata en sus enormes y enrollados cuernos, se desprendió del grupo y vino hasta la orilla del camino. Volvió hacia nosotros su alta cabeza, nos fijó con su ardiente mirada y lanzó un bramido que parecía querer decir: ¿Quiénes son ustedes...?

Me habían dicho que los búfalos eran perezosos y estúpidos y que sus ojos no expresaban nada. Compartía ese parecer antes de conocer los búfalos de los toddees, sobre todo el que acababa, al parecer, de hablarnos en su lengua animal. Sus ojos brillaban como ardientes carbones, y en su mirada oblicua e inquieta leí un verdadero sentimiento asombrado y desconfiado.

—No se acerque usted a él —gritaron mis compañeros—. Es el jefe y el animal más sagrado del rebaño. Es muy peligroso...

Empero, no pensaba en aproximarme y hasta retrocedí mucho más rápidamente de lo que me había adelantado, cuando un adolescente de elevada talla y bello, como un Hermes entre los bueyes de Júpiter, de un solo brinco estuvo entre nosotros y el búfalo.

Cruzando los brazos e inclinándose ante la cabeza “santa” del animal, se puso a murmurar en la oreja del búfalo palabras que nadie pudo comprender. Entonces, tuvo lugar un fenómeno a tal punto extraño que si el hecho no hubiera sido confirmado por los otros, lo habría creído una sencilla alucinación debida a todas las historias y anécdotas que me habían referido hasta ese día con respecto a los animales sagrados.

El búfalo, en cuanto pronunció las primeras palabras el joven *teralli*, volvió la cabeza hacia él como si lo escuchaba verdaderamente y lo comprendiese. Luego nos miró, como si quería examinarnos más atentamente, y meneó la cabeza lanzando mugidos breves, entrecortados, casi inteligentes; parecía responder a las respetuosas observaciones del *teralli*. Finalmente el búfalo nos echó una última mirada, indiferente esta vez, dio la espalda al camino y se dirigió lentamente hacia su rebaño...

Esta escena me pareció tan cómica y me recordó tanto la conversación popular del mujik ruso con el oso encadenado “Mikhailo Ivanitch”, que por poco no largo la carcajada. Pero al ver los rostros graves y algo intimidados de mis compañeros, me contuve a pesar mío.

–Ya ve usted que le dije la verdad, me dijo en voz baja en la oreja, medio triunfante, medio temerosa–, una joven de unos quince años. Los búfalos y los *teralli* se comprenden, *hablan* entre ellos como hombres...

Para gran sorpresa mía, la madre no contradijo a la hija y no hizo observación alguna. Un poco confusa, ella también contestaba a mi mirada estupefacta, interrogante: “Los todde son, en todo, una tribu extraña... Nacen y viven en medio de los búfalos. Los adiestran durante años y, es de creer, en efecto, que conversan con ellos...”

Las mujeres de los todde reconocieron en nuestro grupo a mistress T... y su familia; salieron al camino y nos rodearon. Eran cinco; una llevaba su hijo, completamente desnudo, a despecho del viento frío, lluvioso; otras tres, jóvenes aún, me sorprendieron por su belleza, y una anciana, con el rostro aún bonito, pero, en cambio, verdaderamente demasiado sucia. Fue ésta quien se aproximó a mí y me preguntó quién era, en canaresino, supongo. No comprendí la pregunta y, una de las jóvenes respondió por mí. Cuando me tradujeron la pregunta y la respuesta, ésta me pareció muy original aunque no correspondía del todo a la verdad.

Fui presentada como una “madre” de un país extranjero y una hija que amaba a los búfalos. Así se expresó la traductora.

Esta declaración debió evidentemente tranquilizar y alegrar a la vieja, tan sucia; en efecto, sin esta recomendación, como lo supe después, no me hubieran permitido asistir a las ceremonias de la tarde con los búfalos. La vieja partió en seguida corriendo y debió avisar a otro *teralli*, el más antiguo; rodeado éste por un grupo de jóvenes sacerdotes, estaba algo más lejos, en una actitud pintoresca, acodado sobre el magnífico lomo negro del búfalo “jefe”, al que ya conocíamos. Vino en seguida hacia nosotros y empezó a charlar con mistress S..., que hablaba su lengua tan bien como un indígena.

¡Qué anciano más bello e imponente! Y a mi pesar, comparaba a ese asceta de las montañas con otros anacoretas hindúes o musulmanes. Así como estos últimos parecen debilitados, semejantes un tanto a momias, así nos asombraba el *teralli* todde por la salud, el vigor de su cuerpo, poderoso, alto y fuerte, como un roble secular. Su barba ya mostraba hilos de plata y sus cabellos, que caían en gruesos rizos sobre la espalda,

encanecían. Derecho como una flecha, se acercaba a nuestro grupo sin prisa y me parecía ver avanzar la imagen viviente de Velisar saliendo de su cuadro. A la vista de ese anciano, altivo y bello que se parecía a un rey vestido con andrajos y a quien rodeaban seis poderosos y magníficos *kapillols* ... un sentimiento de ardiente curiosidad se despertó en mí y tuve el deseo de conocer todo cuanto era posible acerca de esta tribu y sobre todo de sus misterios.

Pero en ese momento mi deseo era vano, imposible de satisfacer. No hablaba siquiera el idioma de los *toddes*, semejante, en esto, a muchos de mis amigos europeos. Debía esperar con paciencia y sin murmurar, observar y tener en consideración todo cuanto me estaba permitido ver.

Esa tarde, no asistí sino a la curiosa ceremonia que se repite cotidianamente entre los *toddes*.

El sol había desaparecido casi por completo tras las copas de los árboles, cuando los *toddes* se prepararon para la entrada del ganado sagrado. Diseminados por el campo, unos cien búfalos pastaban tranquilamente en torno de su búfalo “jefe”; éste no abandona nunca su puesto de observación en medio del rebaño. Cada animal lleva cencerros fijados a los cuernos; empero, mientras los de todos eran de cobre, el búfalo “jefe” se distinguía por la plata pura de sus campanillas y el oro de sus aretes.

El ceremonial empezó así: se separó a los terneros de las madres y se los encerró en el establo especial preparado junto al *tu-el*, hasta la mañana. Luego se abrieron las amplias puertas de una pared muy baja, tan baja que, desde el camino, vimos todo lo que sucedía en el *tu-el*. Acompañados por el sonido de las campanillas y cencerros, los búfalos entraron en el establo uno tras otro y se pusieron en hileras. Eran los machos. Las hembras esperaban su turno. Se llevaba a cada búfalo a una cisterna o, más sencillamente, a un estanque; allí lo lavaban, lo secaban con hierba seca; luego bebía hasta saciar su sed, después lo encerraban en el *tiriri*.

¿Cuál es el interés de esta ceremonia? Mientras los búfalos se acercan a las puertas, los “laicos” de los dos sexos (sea ochenta hombres y unas dos docenas de mujeres de distinta edad) esperan en dos filas, a ambos lados de la puerta, los hombres a la derecha y las “madres” a la izquierda. Todos saludan cada búfalo cuando pasa. Además, cada *todde* “laico” hace gestos incomprensibles que testimonian su profundo respeto. La misma ceremonia se repite para los búfalos hembras. Además, cada hembra debe ser saludada inclinándose hasta el suelo y se debe ofrecerle un manojito de hierba.

Dichosa la “madre” cuya ofrenda fue aceptada por la hembra “jefa”. Este hecho es considerado como un presagio feliz.

Después de haber cuidado y encerrado los búfalos, los hombres ordeñan los búfalos hembras; éstas no permiten que una mujer se acerque a ellas. Esta última ceremonia sagrada dura dos horas: los vasos hechos con corteza de árbol son llevados siete veces en torno de la hembra a la que se acaba de ordeñar y luego se los deposita en la “lechería”, casa especial que se mantiene muy, limpia. Sólo los “iniciados” ordeñan los animales, es decir los “*kapillols*” bajo la vigilancia del *teralli* jefe o primer sacerdote.

Cuando se concluyó de ordeñar toda la leche, las puertas del *tu-el* se cierran y los iniciados entran en el establo de los bueyes. Entonces, según las afirmaciones de los *baddagues*, el cuarto contiguo al establo se ilumina con muchas lamparillas hasta la

mañana. Esta cámara es la morada de los iniciados. Nadie sabe lo que se realiza en ese santuario secreto hasta el día, y no hay esperanzas de que algún día se sepa.

Los toddes menosprecian el dinero; es absolutamente imposible comprarles cualquier cosa porque no necesitan nada y contemplan con perfecta indiferencia todo cuanto no les pertenece, lo “no mío”. Como lo ha dicho el capitán Garkness y otras personas que vivieron durante mucho tiempo con los toddes, testigos de todos sus actos cotidianos, éstos son “*personas desinteresadas*” en la plena acepción del término.

CAPÍTULO IV

Obligada en este relato a apoyarme en el testimonio de mistress Morgan y de su familia en todo lo concerniente a los poderes excepcionales de los toddes y los kurumbes, siento que a ojos de la incrédula multitud este recurso es frágil. Tal vez nos digan: “teósofos, espiritistas, psíquicos, sois todos semejantes, creéis en hechos que la ciencia no admite y hasta rechaza a sabiendas con desprecio... Vuestros fenómenos no son sino alucinaciones que experimentáis vosotros todos y que ningún ser razonable puede tomar en serio”.

Estamos prontos, desde hace mucho tiempo, a sufrir todas esas objeciones. Puesto que el mundo de la ciencia y, después, las multitudes descosas de seguir la estela que deja, han negado, con desenvoltura, el valor del trabajo de algunos grandes sabios, por cierto no pretendemos convencer al público. Cuando el testimonio de los profesores Hare, Wallis, Crookes y otras muchas lumbreras de la ciencia fue negado, y sabemos cómo esas mismas multitudes, que la víspera pronunciaban con pasión servil los nombres de sus poderosos inventores, los articulan hoy con una sonrisa de desdeñosa piedad como si hablasen de hombres que hubieran perdido de súbito la razón, nuestro juicio se puede considerar perdido.

¿Quién es el hombre muy interesado por los problemas psicológicos del día que no recuerda los concienzudos estudios, largos y profundizados, del químico Crookes? Probó con irrefutables *experiencias realizadas con aparatos científicos* que se producían muchas veces fenómenos absolutamente inexplicables ante los seres llamados médiums. Y demostró, por ello mismo, la existencia de fuerzas y facultades aún no estudiadas en el hombre y con las cuales nadie había soñado en la Royal Society. Para recompensarlo por ese descubrimiento que conmovió en ese entonces a Europa y América, crédulas y sobre todo incrédulas, dicha Royal Society –tal como la Universidad francesa respecto de Charcot– estuvo a punto de expulsar de su seno al honrado mister Crookes⁴³, ciega y sorda a todo cuanto es psíquico y espiritual. El descubrimiento del *radiómetro* no ayudó a convencer a los escépticos, ni el de la “materia radiante” pudo lograrlo.

Rogamos al lector recordar que este relato no tiene como meta la propaganda del espiritismo. Nos contentamos con proclamar los hechos; no tenemos la intención de abrir los ojos a las masas mostrándoles la realidad de fenómenos anormales, extraños, todavía inexplicados, pero de ningún modo sobrenaturales. Los teósofos creen en la verdad del hecho mediúmnico –la experiencia verídica y no la superchería que, desdichadamente, tiene lugar en el 70 por ciento de los casos–; pero repudian la teoría

⁴³ El hecho de que Crookes pertenezca a la Sociedad Teosófica daña aún más su reputación. Malhaya, empero, la Royal Society. Sus miembros empiezan, uno tras otro, a seguir el ejemplo del gran químico y a adherir a los grupos psíquicos o teosóficos. Lord Carnavon, Balkaren, los profesores Wallis, Sidjouik, Banet, Oliver Lodge, Balfour Stuart y otros, son todos “psíquicos”, o “teósofos”, muchas veces una y otra cosa. Si la Royal Society de Inglaterra prosigue expulsando a sus miembros al mismo ritmo, pronto no le quedará como miembro sino el portero.

de los “espíritus”. Yo, que estoy escribiendo estas líneas, no creo en la materialización de las *almas de los muertos*, y no admito las explicaciones espiritistas, y aun menos su *filosofía*. Todos los fenómenos acerca de los cuales se habló en este último cuarto de siglo son tan reales e irrefutables como puede serlo la existencia de los médiums. Pero dichos fenómenos poseen tanto de lo que se puede llamar *espiritualidad* como los honrados carpinteros y herreros considerados en el sur de Francia y Alemania como apóstoles en los misterios de las aldeas y elegidos por los representantes de la iglesia únicamente por sus brazos musculosos y su robusto cuerpo...

Esta creencia en la realidad de los hechos, y la desconfianza respecto de toda charlatanería son compartidas por la mayoría de los hombres de quienes se dice que son *espiritualistas* y por los miembros de la Sociedad Teosófica; los brahmanes de la India, por una parte y, por la otra, algunos centenares de sabios muy competentes para juzgar el espiritismo. El químico Crookes pertenece a estos últimos, *n'en déplaie aux spirites* difundiendo, por medio de todas sus publicaciones, el falso rumor de que es un espiritista convencido.

Los espiritistas están muy equivocados. Antes, cuando aún no conocíamos personalmente a mister Crookes, las leyendas que corrían acerca de su persona nos desconcertaban. Pero en abril de 1884, en su casa de Londres, en presencia de numerosos testigos, después cuando estuvimos a solas, le hablamos francamente acerca de dichos rumores. Crookes contestó en forma directa, sin vacilar, que creía igualmente en los fenómenos mediúmnicos descritos por él en, su “materia radiante”; nos había mostrado y explicado ésta. Pero *hacía mucho tiempo que ya no daba crédito* a la intervención de los espíritus, si bien se inclinaba antes por semejante explicación.

—Entonces ¿quién era Katie King? —preguntamos.

—No lo sé. Muy probablemente el *doble* de mis F. Cook (la médium) —, respondió el sabio, y agregó que esperaba seriamente ver a la fisiología y la biología convencerse de la existencia en el hombre de dicho *doble* semi-material.

Cabe aún hacernos esta objeción: el hecho mismo de que haya sabios que creen en el doble y el espiritismo no demuestra la realidad de dichos dobles ni la de los fenómenos mediúmnicos. Estos sabios constituyen, además, una minoría, mientras que los que niegan los hechos aun no demostrados por la ciencia contemporánea forman la aplastadora mayoría. No pienso discutir. Me basta señalar que los seres inteligentes sólo representan, por el momento, un escaso número como porcentaje no de toda la masa humana, sino de las clases cultas. La mayoría sólo posee una superioridad manifiesta sobre la minoría: la de la fuerza grosera, animal. Se sienta sobre la minoría y se esfuerza por aplastarla o, al menos, por ahogar su voz. Dicho hecho se observa por doquier. Las masas de los partidarios de la opinión pública ejercen presión sobre aquellos que prefieren la verdad. La Royal Society de Inglaterra y la Universidad de Francia persiguen a los sabios que se atreven a cruzar —en nombre de esa verdad deshonrada— los límites rigurosamente establecidos por ellos en torno de su estrecho programa materialista. Los espiritistas se esfuerzan por derrotar y hasta suprimir a los teósofos... Todo esto está en el orden de cosas. Estamos seguros que entre ellos se encuentran muchos hombres inteligentes que creen en la presencia personal del alma de los muertos en las sesiones espiritistas, en “los espíritus” que se revisten de materia, en sus revelaciones, en la filosofía de Allan Kardek y hasta en la infalibilidad de los médiums

profesionales y públicos. Si bien manifestamos el respeto debido a cada creencia individual, no compartimos las convicciones de los espiritistas. Nos permitimos mantener nuestras convicciones personales. Sólo el tiempo, y el socorro de la ciencia, cuando haya modificado su táctica, demostrará quién no tiene razón y quién la tiene.

Convencidos definitivamente que esas influyentes instituciones –la Royal Society de Inglaterra y las otras Academias sabias de Europa– nunca acudirán en nuestra ayuda (al menos en seguida, durante nuestra vida); convencidos que la mayoría de los hombres de ciencia resolvieron negar por los siglos todos los fenómenos psicológicos –sabiendo que las masas, por juzgar siempre superficialmente las cosas, califican de grosera superstición todo cuanto no entienden (cuando muchos *temen comprender*)–; convencidos, finalmente, que todos se pondrán de acuerdo para llamar *verdad y hecho* únicamente a toda conclusión formulada por ellos mismos sin fundadas razones, cuando casi todas las teorías científicas determinadas por los hombres han sido, en todo tiempo, abandonadas unas tras otras; en la certeza de no poder, a despecho de nuestros esfuerzos, cambiar el espíritu de nuestro siglo, hemos resuelto actuar solos y buscar nosotros mismos las explicaciones necesarias.

Durante dos años acumulamos todas las informaciones posibles y estudiamos la “hechicería” de los kurumbes, y durante otros cinco años tratamos de conocer las manifestaciones de esa misma fuerza en las varias tribus de la India. El consejo central de la Sociedad Teosófica constituyó un comité y tomamos estrictas medidas para evitar en lo posible las supercherías. Nuestros colegas, elegidos en los medios escépticos más encarnizados, llegaron a esta misma conclusión: “Todo cuanto se dice respecto de esas tribus está fundado en hechos reales. Con exclusión, naturalmente, de las enormes exageraciones de las masas supersticiosas, todos esos hechos fueron demostrados más de una vez. Cómo los toddes, los kurumbes, los jannades y otras tribus, en virtud de esas facultades, tienen poder sobre los hombres, lo ignoramos y no nos incumbe explicarlo. Sólo declaramos lo que hemos visto.”

Así hablaron nuestros colegas, los hindúes educados según la enseñanza contemporánea inglesa, es decir *materialistas*, en la plena acepción del término, y que no creen ni en los dioses personales, ni en los espíritus de los espiritistas. Enunciamos la misma conclusión, pero sospechamos, y esa sospecha equivale a una certidumbre, que dicha fuerza de los brujos nilguirianos es nuestra vieja amiga: “la fuerza psíquica” de los doctores Carpentier y Crookes. Realizamos experiencias minuciosas, imparciales, serias, sobre nosotros mismos y sobre otras personas. Y pensamos que ante los doctores Charcot, Crookes, Tsellner, como ante nuestros ojos cuando se trata de los “hechiceros” una sola y misma fuerza actuaba: la diversidad de sus manifestaciones depende sobre todo de las diferencias de los organismos humanos, luego del medio, de las condiciones ambientales en las que se manifiesta dicha fuerza, mucho también de las condiciones climáticas y finalmente de las tendencias intelectuales de los seres denominados “médiums”.

Antes que lo hiciera yo, se escribió acerca de los toddes y los kurumbes. Empero, en las descripciones de los ingleses, es imposible encontrar algo, ni comprender algo excepto las hipótesis ya citadas y más inadmisibles unas que otras.

En la desesperación de no poder salir de ese laberinto y volver a ver la Luz Celestial, quise interrogar a pandits indígenas que tienen fama de ser “crónicas y leyendas”

ambulantes. Los pandits me enviaron junto a un asceta haddague. Ese anacoreta, que nunca se lavaba, se mostró muy amable y hospitalario. Por algunos sacos de arroz, relató a uno de los indígenas, miembro de nuestra Sociedad, leyendas de su raza, durante tres días y tres noches, sin interrupción alguna. Inútil decir que los anglo-hindúes no saben nada acerca de los hechos que voy a relatar a continuación.

La palabra “baddague” es canarezina y, lo mismo que el “vadugan” tamil, significa “septentrional”; todos los baddagues llegaron del norte. Cuando, hace 600 años, llegaron a las “Montañas Azules”, encontraron allí a los toddees y los kurumbes. Los baddagues están convencidos que los toddees vivían en el Nilguiri desde muchos siglos atrás.

Los enanos “kurumbes”, declaran a su vez que sus antepasados se pusieron al servicio o aceptaron ser los esclavos de los antepasados de los toddees que aún vivían en Lanka (Ceilán) “con el fin de tener derecho a morar en sus tierras”, con la condición de “que sus descendientes permanezcan constantemente bajo los ojos de los toddees”.

En caso contrario, observan los baddagues “esos demonios no hubieran tardado en no dejar vivir a nadie en la tierra, excepto ellos mismos”. Los kurumbes, cuando se sienten presa de su diabólica maldad, no contradicen esta declaración de los baddagues; por el contrario, están orgullosos de su poder. Rechinando los dientes, están prontos, en su impotente rabia contra los toddees, como alacranes, a picarse ellos mismos, a matarse con su propio veneno. El general Morgan que los vio a menudo en sus accesos de furor me dijo que él, aunque positivista, temía verse forzado *a creer contra su voluntad en el diablo*.

Por otra parte, los baddagues afirman que la cohabitación de su tribu con los toddees es muy antigua.

–Nuestros antepasados ya estaban a su servicio bajo el rey Rama –afirman–. Por eso los servimos también.

–Pero los toddees no creen en las devas de sus padres –pregunté un día a un baddague.

–No; los toddees creen en su existencia –me respondieron–. Empero, no le rinden ningún honor, *porque ellos mismos son devas*.

Los baddagues cuentan que el año en que el dios Rama marchaba sobre Lanka (Ceilán)⁴⁴, además del gran ejército de monos, muchos pueblos de la India central y meridional desearon obtener el honor de convertirse en los aliados del gran “avatar”. Entre éstos estaban los kanarezes, antepasados de los baddagues, de quienes éstos dicen que son descendientes. En efecto, los baddagues dividen su tribu en dieciocho castas, entre las cuales se encuentran brahmanes de elevado nacimiento, como por ejemplo, los “Vodei”, rama de la familia que reina hoy en Maisur. Los ingleses pudieron convencerse de la justicia de estas reivindicaciones. En las crónicas antiguas de la casa de Maisur, los documentos que se conservaron hasta hoy demuestran: primero, que los Vodei forman con los baddagues una sola y misma tribu, nativos todos de Karnatik;

⁴⁴ Recuerdo que, para todos los detalles acerca de Rama, Lanka, etc., detalles que permiten comprender ciertas páginas de este libro, remito al lector a “La Mission des Juifs”, de Saint-Yves d'Alveydre (nota del traductor del texto francés).

segundo, que los aborígenes de ese país tomaron parte en la gran guerra santa del rey Aude Rama contra los rakchas, demonios gigantes de la isla de Lanka (Ceilán).

Y son esos mismos brahmanes, orgullosos de su origen antiguo y noble, quienes mantienen en los baddagues ese sentimiento de veneración, no con respecto a ellos, –como lo hacen los demás brahmanes en el resto de la India– sino con respecto a los toddes que rechazan a sus dioses. Buscar la verdadera causa de este excepcional respeto es muy difícil, y el misterio sigue excitando la curiosidad de los ingleses. Es hasta casi imposible resolver ese problema, cuando se conocen las leyes de los brahmanes. En efecto, esta orgullosa casta, que no acepta trabajar para los británicos por cualquier cantidad de dinero; esos brahmanes que se niegan a llevar un paquete de una casa a la otra, viendo en ese acto una humillación personal son, precisamente, entre los baddagues, los partidarios más celosos de los toddes. No sólo trabajan para los toddes sin ninguna retribución, sino que no se detienen ante el más vil trabajo, según ellos, si debe ser ejecutado porque lo desean los toddes o, más exactamente, porque lo ordenan los señores libremente elegidos. Los brahmanes están prontos para servir a los toddes de albañiles, criados, carpinteros, hasta de *parias*. Aun cuando esos altivos hindúes siguen mostrando su orgullo a los demás pueblos, incluso a los ingleses, aun cuando lleven el triple cordón santo de los brahmanes, aun cuando sean los únicos que tengan el derecho de officiar en las ceremonias de la siembra y la cosecha (aunque muchas veces se someten con espanto a los kurumbes), todos quedan anonadados a la llegada de los toddes...

Sin embargo, también los baddagues brahmanes poseen “esa fuerza” maravillosa en sus manifestaciones mágicas.

Así todos los años en las fiestas de “la última cosecha del año”, deben dar pruebas irrefutables de que son los descendientes directos de los *brahmanes iniciados, dos veces nacidos*. Debido a ello andan lentamente, a lo ancho y lo largo, descalzos y sin sufrir el menor mal sobre carbones encendidos o hierro calentado al rojo. Ese ardiente surco se extiende a todo lo largo de la fachada del templo, sea de nueve a once metros, y los brahmanes se mantienen allí inmóviles o caminan como sobre un tablón. Cada baddague–vodei, por el mismo honor de su casta, debe atravesar todo el surco por lo menos siete veces...

Los ingleses afirman que los brahmanes conocen el secreto de un jugo vegetal que hace la piel de las manos o los pies invulnerables al fuego, basta frotarlos con el jugo. Pero el misionero Metz afirma que ello no es sino taumaturgia.

“Qué razón puede haber obligado a la altiva casta de los brahmanes a humillarse hasta la adoración de una tribu inferior por su nivel de cultura y sus facultades intelectuales, es para mí un enigma indescifrable, escribe el capitán Garkness (The hill tribes of Nilguery). Ciertamente, los baddagues son, por su naturaleza, tímidos; además se volvieron salvajes después de siglos pasados en la soledad de las montañas; empero, es posible penetrar en el misterio comprobando que son seres supersticiosos como todos los montañeses de la India. Sin embargo, semejante manifestación del individuo es muy extraña para un psicólogo.”

Es incontestable. No obstante, la razón primitiva de dicha veneración es aún más “curiosa”, aunque los ingleses –aún menos los escépticos– no puedan conocerla. Ante todo, los toddes no son inferiores a los baddagues ni por la inteligencia ni por el

nacimiento; muy al contrario, en esto son infinitamente superiores. Además este verdadero origen de la adoración de los toddees por los baddagues debe buscarse no en el presente, sino en una época antigua muy lejana, en aquella época de la historia de los brahmanes que no sólo nuestros sabios modernos se niegan a estudiar seriamente, sino en la cual no quieren creer. Si bien esta obra es difícil, no es imposible. Los fragmentos diseminados de las leyendas y de los documentos baddagues, los relatos de sus brahmanes caídos desde la invasión musulmana pero que poseen, no obstante, fulgores provenientes del conocimiento de los misterios de los que gozaban sus antepasados –brahmanes de la época de los *richis* y de los adeptos taumaturgos de la “magia blanca”– la historia que nos queda nos permite reconstruir una obra lógica, por entero sólida. Basta poner manos a la obra con método; ganarse la confianza de los baddagues y no ser *inglés* o “bara-saab” a quienes éstos temen aún más que a los kurumbes. Pues pueden apaciguar gracias a sus dones a los mulu-kurumbes cuyos malos encantamientos y el *ojo* dejan de actuar; mientras consideran a los ingleses como enemigos mortales.

Así los badagues, como los otros brahmanes de la India, consideran un deber sagrado dejar a los ingleses el mayor tiempo posible en la ignorancia de los hechos que conciernen a su historia pasada y presente, sustituyendo la realidad por la ficción.

Únicamente los baddagues nilguirianos conservaron la memoria de ese pasado, débil recuerdo, es cierto. Los toddees se callan sobre este particular, y nunca pronunciaron una sílaba a este respecto. Quizá se deba a que todos ignoran dicha “antigüedad”, salvo algunos ancianos “sacerdotes”. Los baddagues afirman que antes de morir cada teralli debe transmitir la tradición que conoce a uno de los jóvenes candidatos a su cargo.

En cuanto a los kurumbes, aun cuando recuerden el siglo de su servidumbre, ignoran todo de los toddees. Los errulares y los chotes se asemejan más a animales que a hombres medio salvajes.

De este hecho resulta que los baddagues son los únicos de las cinco tribus nilguirianas que recuerdan su pasado y pueden probarlo. Nos cabe llegar a la conclusión de que el conocimiento que tienen del pasado de los toddees no se funda en la ficción. Sus afirmaciones todas conciernen a su propia historia, su llegada del norte, su descendencia de los colonos canarezes que vinieron hace mil años de Karnatik, comarca hoy conocida con el nombre de Maisur del Sur y que constituyó en la más remota antigüedad (histórica) una parte del reino de Konkan, se halló que eran todas exactas. ¿Por qué no habrían conservado también migajas de la historia del lejano pasado de los toddees?

El origen de las extrañas relaciones entre las tres razas, tan diferentes, sigue siendo por completo indeterminable (oficialmente) hasta este día. Los ingleses aseguran que sus relaciones se establecieron después de una prolongada cohabitación en las solitarias montañas. Aislados del resto de la humanidad, los toddees, los baddagues y los kurumbes se habrían creado, gradualmente, un universo muy particular hecho con ideas supersticiosas. Pero las tribus mismas dicen algo muy diferente. Y lo que refieren acerca de algo que se constituyó en la más lejana antigüedad y sin relación alguna con las leyendas y las hagiografías antiguas de los hindúes sigue siendo muy significativo.

Las tradiciones de esas tres tribus cuyos destinos se entrelazaron con el correr de las edades son tanto más interesantes cuanto que al escucharlas y comprenderlas nos parece leer una página arrancada del poema “mítico” de la India, el *Râmâyana*.

Cuando pienso en el *Râmâyana*, confieso no haber comprendido nunca el motivo que indujo a los historiadores a situar en planos tan distintos esta obra y los poemas de Homero. Pues, según mi parecer, su carácter es casi idéntico. Ciertamente, nos dirán que todo lo sobrenatural es igualmente desechado de la *Iliada*, la *Odisea* y el *Râmâyana*.⁴⁵ Empero, ¿por qué nuestros sabios que aceptan casi sin vacilación alguna como personajes *históricos* a Aquiles, Héctor, Ulises, Elena y Paris, relegan a la categoría de “mitos” vacíos las figuras de Rama, Lakchmana, Sita, Ravana, Khanumana y hasta del rey Aude? o esos seres son simples héroes— o se tiene el deber de devolverles el “rango” que les pertenece. Schliemann encontró en la Troiáde pruebas sensibles de la existencia de Troya y de sus personajes actuantes. La antigua Lanka (Ceilán) y otros lugares mencionados en el *Râmâyana* podrían ser igualmente hallados, si se empeñaran en buscarlos. Y, sobre todo, no habría que rechazar con tanto desprecio y en su conjunto los relatos y las leyendas de los brahmanes y pandits...

Aquel que leyese, aunque fuese una sola vez, el *Râmâyana*, podría convencerse, rechazando las inevitables alegorías y símbolos en un poema épico de carácter religioso, que cabe la posibilidad de hallar en él un fondo histórico, evidente, irrefutable.

El elemento sobrenatural en un relato no excluye la materia histórica. Así ocurre en el *Râmâyana*. La presencia en ese poema de gigantes y demonios, de monos parlanchines y de animales emplumados de sabio discurso, no nos da derecho a negar la existencia, en la más remota antigüedad, ni de sus más destacados héroes, ni siquiera de los “monos” del ejército innumerable. Cómo saber hasta una inmutable certidumbre lo que los autores del *Râmâyana* tenían precisamente en vista bajo las denominaciones alegóricas de “Monos”⁴⁶ y “gigantes”. El capítulo VI del *Libro del Génesis* se refiere también a los hijos de Dios, que habiendo visto a las hijas de la Tierra y habiéndolas amado, se casaron con ellas. De esa unión nació en la Tierra la raza de los “gigantes”. El orgullo de Nemrod, la torre de Babel y la “mezcla de las lenguas” se identifican con el orgullo y con las acciones de Ravana, con la “confusión de los pueblos” en la época de las guerras en el *Mahâbhârata*, con la revuelta de los *Daaths* (gigantes) contra Brahma. Pero el principal problema reside en la real existencia de los “gigantes”.

Los eventos relatados en algunos versículos del Génesis, detallados en el *Libro de Enoc*, se extienden a propósito de los gigantes en todo el poema épico del *Ramâyana*. Bajo otros nombres y con detalles ahondados, encontramos en él a todos los ángeles caídos mencionados en las visiones de Enoc. Los naghis, las apsaras, los gandarvis y los rakchasis instruyen a los mortales de todo cuanto los ángeles caídos de Enoc enseñan a las hijas de los hombres. Samiaza, el jefe de los hijos del cielo, que, llamando a sus doscientos guerreros para que prestaran juramento de alianza sobre Ardis (la cumbre de la montaña Armon), enseña después a la especie humana los secretos del pecado de

⁴⁵ Véase “La Mission des Juifs” de Sait-Yves d'Alveydre, para el sentido de la *Odisea* y del *Râmâyana* (nota del traductor del texto francés).

⁴⁶ En muchas páginas del *Purâna*, los relatos se refieren a esos mismos reyes, con los mismos nombres de los reinos (términos idénticos) a los empleados en el *Râmâyana*. Pero en los relatos la palabra “mono” es reemplazada por la de *hombre*.

hechicería, tiene su réplica en el rey de los naghis o de los *dioses-serpientes*. Azaziel que muestra a los hombres el arte de forjar armas, y Amazaraka, *curandero brujo* por las misteriosas fuerzas de distintas hierbas y raíces, actúan como actuaron las apsaras y azuris en el río Richhaba y los gandarvas “Khacha y Khachu” en la cumbre del Gandhamadana. ¿Dónde están las tradiciones de una raza en la que no volvemos a encontrar a los dioses, instructores de los hombres, que les conceden los frutos del conocimiento del bien y del mal, los demonios, los gigantes?

Es deber de todo historiador concienzudo penetrar hasta las raíces mismas del relato profundamente filosófico que es el *Râmâyana* de Valmiki. Sin detenerse en la forma que puede repeler el realismo occidental, el historiador debe ahondar, seguir ahondando...

En el *Libro de Enoc* se habla de gigantes cuya talla es de 300 codos: “comieron todo cuanto es comible en la tierra, luego se echaron a comer a los mismos hombres”. El *Râmâyana* se refiere a los “Rakchis”, que son los mismos gigantes acerca de los cuales nos instruye la historia de los pueblos griegos y escandinavos y que volvemos a encontrar igualmente en las leyendas de la América del Norte y del Sur. Los titanes “hijos de Bur” son los gigantes del *Popol-Vuh*,⁴⁷ de Ixtlixochitlia, las razas primitivas de la humanidad.

El problema estriba en la solución de la siguiente cuestión: semejantes gigantes ¿acaso pudieron vivir realmente en nuestra tierra? Pensamos que sí; y nuestro parecer es compartido por muchos sabios. Los antropólogos no pudieron descifrar aún la primera letra del alfabeto que da la clave del misterio del origen del hombre en la tierra. Por una parte, encontramos enormes esqueletos, gigantescas corazas y cascos que cubrieron la cabeza de verdaderos gigantes. Y por otra parte vemos a la especie humana disminuir de talla y *degenerar* de época en época.

Los todde dicen, y por lo general hablan poco y a disgusto, señalando los *cairns* de la “Colina de los Sepulcros”: “No sabemos qué son esas tumbas; las hemos encontrado aquí. Pero cada una de ellas hubiera podido contener fácilmente media docena de seres como nosotros. Nuestros padre6 tenían una talla doble de la nuestra.” Dichas palabras nos dan a pensar que la leyenda que nos refieren no es una ficción; los todde no hubieran podido inventarla, porque no conocen ni los brahmanes ni su religión, e ignoran los *vedas* y los otros libros sagrados de la India. Y si bien lo callan ante los europeos, lo refirieron a los baddagues, es decir a los padres de los actuales baddagues, absolutamente en la misma forma en que nos la comunicó el baddague anacoreta.

Al parecer fue tomada del *Râmâyana*. Además, los todde no son los únicos que la guardaron en su recuerdo. Esta tradición sigue siendo la herencia común de los todde, los baddagues y los kurumbes.

Para esclarecer el relato, doy, con la narración tradicional del “anciano nilguiriano”, extracto del *Râmâyana* y los verdaderos nombres que los todde deforman un tanto, si bien siguen siendo reconocibles. Se trasparenta netamente una verdad en esta tradición: se trata de Ravana, rey de Lanka, monarca de los *rakchis*, pueblo de los héroes atletas, malvados y pecadores; de su hermana Râvana Bibchekhan y de sus cuatro ministros de

⁴⁷ *Libro del Consejo*, Biblia de México, libro santo de los “quiches” indios de Guatemala (nota del traductor del texto francés.)

quienes el rey habla en estos términos, en el *Râmâyana*, al presentarse a Rama "Dasarátide", hija del rey Auda y avatar del Dios Vichnu.

–“Soy el hermano menor de Râvana *de diez cabezas*. Fui ofendido por él porque le di un buen consejo: el de devolverte a Sita, tu mujer, de ojos de loto. Con mis cuatro compañeros, hombres cuya fuerza no tiene igual y que se llaman Anala, Khara, Sampati y Prakchacha, dejé Lanka, mis bienes, mis amigos, y vine hacia ti cuya magnanimidad no rechaza a criatura alguna. Deseo no deber sino a ti todo cuanto me pueda suceder. Me ofrezco como aliado, oh héroe de gran sabiduría, y llevaré tus valientes ejércitos a la conquista de Lanka para que perezcan los malvados rakchis...”

Comparemos ahora esta cita con el relato tradicional de los todde.

He aquí lo que dicen:

"Era en la época en que el rey de Oriente, *sin hombres monos* (indudablemente los ejércitos de Songriva y de Khanumon) se aprestaban para matar a Râvana, el demonio poderoso pero malvado, rey de Lanka. El pueblo de Râvana se componía por entero de demonios (rakchis), de gigantes y de poderosos taumaturgos. Los todde, entonces en su vigesimotercera generación⁴⁸, estaban en la isla de Lanka. La isla de Lanka es una tierra rodeada de agua por todos lados. El rey Râvana era un corazón de *kurumbe* (es decir un malvado hechicero); había convertido a la mayor parte de sus súbditos en demonios *malvados*. Râvana tenía dos hermanos, Kumba, gigante entre los gigantes que, después de haber dormido durante centenares de años, fue muerto por el rey de Oriente; y Vibia, de buen corazón, amado por todos los rakchis."

¿Acaso no es evidente que "Kumba" y "Vibia" de la tradición todde no son otros que Kumbhakarna y Vibkhechana del *Râmâyana*? Kumbhakarna, maldecido por Brahma y que de resultas de esta maldición quedó dormido hasta la caída de Lanka, cuando Rama le dio muerte, luego de terrible duelo, con una flecha mágica de Brahma, "invencible dardo que atemoriza a los dioses" y que el mismo Indra consideraba como *el cetro de la muerte*⁴⁹.

–Vibia –dicen los todde–, es un buen rakchi, que se vio obligado a condenar a Râvana después de su crimen contra el Oriente (Rama)⁵⁰ a cuya mujer raptó. Vibia atraviesa el mar con sus cuatro fieles servidores y ayudó a Rama a recuperar su reina. Por esa razón el rey de Oriente nombró a Vibia rey de Lanka.

Es palabra por palabra la historia de Vibchekhana, aliado de Rama, y de sus cuatro ministros, los rakchis.

Los todde revelan luego que dichos ministros eran cuatro *terallis*, anacoretas y *bienhechores* demonios. No aceptaron luchar contra sus hermanos demonios, por más crueles que fuesen. Así, después del fin de la guerra, en cuyo curso no dejaron de rogar a los dioses por la victoria de Vibia, solicitaron que los relevaran de su cargo.

⁴⁸ Sea hace "199 ó 200 generaciones" lo que representa al menos 7.000 años. Aristóteles y otros sabios griegos, al referirse a la guerra de Troya, afirman que tuvo lugar 5.000 años antes de su siglo. Luego pasaron dos mil años, sea 7.000 años en todo. La historia, naturalmente, rechaza esta cronología. Pero ¿qué prueba esta negación? La Historia universal anterior a Cristo ¿acaso no se basa sólo en hipótesis y verosimilitudes, en suposiciones erigidas en axiomas?

⁴⁹ El relato de la lucha se encuentra en "La Mission des Juifs" (nota del traductor del texto francés).

⁵⁰ Los brahmanes baddagues lo llaman así. Dicen que "el rey de Oriente" es Rama.

Acompañados por otros siete anacoretas y cien hombres rakchis laicos con sus mujeres y niños, partieron para siempre de Lanka. Queriendo recompensarles, el rey de Oriente (Rama) creó, en una tierra estéril, las “Montañas Azules” y se las concedió a los rakchis y a sus descendientes para que gozaran de ellas eternamente. Entonces los siete anacoretas, deseando pasar la vida alimentando a los *todduvares* y hacer inofensivos los encantamientos de los malos demonios, se metamorfosearon en búfalos. Los cuatro ministros de Vibia conservaron su forma de hombres y viven invisibles para todos salvo los terallis *iniciados*, en los bosques del Nilguiri y en los santuarios secretos del “tiriri”. Habiendo ocupado el Nilguiri, los búfalos taumaturgos, los anacoretas demonios y los jefes de los *todduvares* laicos elaboraron leyes, determinaron el número de los *toddes* y de los futuros búfalos, *sagrados y profanos*. Luego, enviaron a Lanka a uno de sus hermanos con el fin de invitar al Nilguiri a otros buenos demonios con sus familias. Encontró allí al señor de todos ellos, el rey Vibia, sobre el trono de Râvana a quien habían muerto.

Tal es la leyenda de los *toddes*. Que el “Rey de Oriente” sea Rama, aunque los *toddes* no lo nombran –caben ciertas dudas sobre este particular–. Rama, es sabido, posee centenares de nombres. En el *Râmâyana* se lo llama indiferentemente “Rey de los cuatro mares”, “Rey de Oriente”, “Rey del Oeste, del Sur y del Norte”, “Hijo de Ragon”, “Dasarâtida”, “Tigre de los reyes”, etcétera. Para los habitantes de Lanka o Ceilán es evidentemente “Rey del Norte”. Pero si los *toddes*, como lo creemos, han venido del oeste, la denominación “Rey de Oriente” o de la India, se vuelve comprensible.

Volvamos a la leyenda y veamos lo que nos puede decir acerca de los *mulu-kurumbes*. Qué relación tenían los enanos brujos con los *toddes* en la antigüedad, y qué destino los trajo a las “Montañas Azules” bajo las severas órdenes de los *toddes*, lo sabemos gracias a la continuación del relato que se refiere al envío a Lanka del “hermano demonio”.

Cuando llegó a su patria, invadida, vencida, halló que todo había cambiado desde su partida de la isla con sus otros hermanos. El nuevo rey de Lanka, amigo fiel y aliado del rey Rama “de ojos de loto” intentaba entonces destruir en la isla con todo su poder la malvada hechicería de los rakchis, sustituyéndola con la bienhechora ciencia de los magos anacoretas. Pero el don de *Bramavidia* “sólo se adquiere gracias a *cualidades personales, a la pureza de las costumbres, al amor por todo cuanto viva*, tanto los hombres como las criaturas mudas, y también por las relaciones con magos bienhechores invisibles que, luego de haber abandonado la tierra, moran en la comarca debajo de las nubes, allá donde se acuesta el sol”⁵¹. Vibia logró suavizar el corazón de los ancianos rikchis y éstos se arrepintieron. Mas un nuevo mal surgió en Lanka. La mayor parte de los guerreros del ejército oriental, los guerreros monos, los guerreros osos y los guerreros tigres, en su alegría de haber conquistado a la Reina de los Mares y vencido a sus habitantes demonios, se embriagaron a tal punto que no pudieron recobrar la lucidez antes que pasaran muchos años. En ese estado oscuro, se desposaron con rakchis, con demonios del sexo femenino. De esta mal avenida unión nacieron enanos,

⁵¹ Los *toddes* señalan el oeste al hablar de la comarca adonde van sus muertos. Metz llama al occidente “el paraíso fantástico de los *toddes*”. Ciertos turistas del Nilguiri concluyeron a causa de ello que los *toddes*, como los *parsis*, adoran al sol.

las más tontas y más malvadas criaturas del mundo. Fueron los antepasados de los actuales mulu–kurumbes nilguirianos. Concentraron en ellos todos los dones del tenebroso conocimiento de la hechicería que sus madres mezclaron con la astucia, la crueldad y la estupidez de sus padres, los monos, los tigres y los osos. El rey Vibia resolvió matar a todos los enanos y ya se aprontaba para ejecutar su intención, cuando el taumaturgo principal abandonó por un tiempo su forma de búfalo y pidió su perdón al rey, prometiéndole llevarlos con él a las “Montañas Azules”. Salvó la vida de los enanos bajo las siguientes condiciones: ellos y sus descendientes estarían eternamente al servicio de los toddes, reconociéndolos como amos y jefes con derecho de vida y muerte sobre ellos.

Así el taumaturgo libró a Lanka de un terrible mal, y acompañado por un centenar de rakchis pertenecientes a una *tribu extranjera*, regresó a las “Montañas Azules”. Dejando que Vibia destruyese a los enanos demonios más crueles e incorregibles, eligió a trescientas criaturas entre los menos malos de esa nueva tribu y los trajo al Nilguiri.

Desde ese entonces, los kurumbes que eligieron domicilio en las junglas más infranqueables de las montañas, se multiplicaron hasta convertirse en la importante tribu conocida hoy con el nombre de mulu–kurumbes. Mientras fueron con los toddes y los búfalos los únicos habitantes de las “Montañas Azules”, su mala índole y su don innato de hechicería no podían dañar a nadie, salvo a los animales que hechizaban para comerlos luego. Pero llegaron los baddagues, hace quince generaciones, y se iniciaron las hostilidades entre ellos y los enanos. Los antepasados de los baddagues, es decir las antiguas poblaciones de Malabar y de Karnatik se pusieron, también ellos, después de la guerra, al servicio de los “buenos” gigantes de Lanka. Asimismo, cuando las colonias de los hombres del Norte, luego de haber querellado con los brahmanes de la India, aparecieron en las “Montañas Azules” los toddes, como les fue ordenado por el honor y los búfalos, tomaron a los baddagues bajo su protección; los baddagues fueron los servidores de los señores del Nilguiri, así como sus antepasados habían servido a los antecesores de los toddes.

Tal es la leyenda de los aborígenes de las “Montañas Azules”. La hemos reunido por trozos, cabe decir, y con las mayores dificultades. ¿Quién, entre los lectores del *Râmâyana* no reconoce, pues, en esta leyenda los eventos referidos en dicho poema? ¿Cómo los baddagues –y menos los toddes– hubieran podido inventarla? Sus brahmanes no son sino la sombra de los antiguos brahmanes y no tienen nada en común con los representantes de esta casta en los valles. Al no conocer el sánscrito, no han leído el *Ramayana*, y algunos ni siquiera lo oyeron mencionar.

Tal vez nos digan que el *Mahâbhârata*, como el *Râmâyana*, aun basados en los vagos recuerdos de sucesos vividos hace mucho tiempo, poseen un principio fantástico que supera en mucho al elemento histórico. Por eso es imposible admitir como verosímil el menor hecho descrito en dichas epopeyas. Aquellos que hablan así son las mismas personas que se atreven a sostener esto: antes de Pannini, el más grande gramático del mundo, la India no era capaz de concebir la cosa escrita; el mismo Pannini no sabía escribir y no había oído hablar de las escrituras; ¡y el *Râmâyana*, el *Bhagavad–Gîtâ* fueron verosímilmente escritos después de Cristo!

¿Nunca ha de llegar el alba del día en que los arios hindúes –este pueblo caído políticamente tan bajo, pero aún muy grande por su pasado y sus notables virtudes– y la

literatura santa de los brahmanes ocupen el lugar que merecen en la Historia? ¿Cuándo la iniquidad y la parcialidad que se fundan en el orgullo de raza dejarán pues lugar a la cabal rectitud para que los orientalistas dejen de presentar a sus lectores a los antepasados de los brahmanes como ignorantes supersticiosos y a los mismos brahmanes como embusteros y presuntuosos? ¿Cabe creer todavía que esta literatura, única en el mundo por su grandeza, que abarca todos los conocimientos y las ciencias conocidas y desconocidas, desde hace mucho tiempo olvidados (todos aquellos que estudiaron imparcialmente su filosofía lo dicen) se basa sólo sobre la imaginación creadora y los vacíos sueños metafísicos?

Que los orientalistas afirmen lo que quieran. Nosotros, que hemos estudiado dicha literatura con los brahmanes, no nos detenemos en la letra muerta. Sabemos que el *Râmâyana* no es un cuento de hadas como se cree en Europa; posee un sentido doble, religioso y puramente histórico, y sólo los brahmanes iniciados son capaces de interpretar las complejas alegorías de ese poema. Aquel que lee los libros santos de Oriente con la clave de sus símbolos secretos, reconoce que:

1) La cosmogonía de todas las grandes religiones antiguas es la misma. Éstas no se distinguen sino por su forma exterior. Todas esas enseñanzas contradictorias, al parecer, proceden de la misma fuente: la Verdad universal que siempre se manifestó bajo el aspecto de una Revelación a todas las razas primitivas. Después, y a medida que la humanidad desarrollaba sus facultades intelectuales en detrimento de la capacidad espiritual, los conocimientos de los primeros tiempos se transformaban y evolucionaban en diferentes sentidos. Todos esos eventos tenían lugar bajo la influencia de condiciones climáticas, etnológicas y otras. He aquí un árbol cuyas ramas crecen azotadas por un viento que cambia sin cesar: toman las formas más irregulares, torcidas, feas —empero todas pertenecen al mismo, tronco originario—. El mismo hecho se produce para las diversas religiones; todas nacieron del mismo germen: la *Verdad*, porque la Verdad es única.

2) La historia de todas las religiones que no se fundamentan sino en los hechos geológicos, antropológicos y etnográficos de esos lejanos períodos prehistóricos. Son transmitidas también y bastante fielmente en su forma alegórica. Todas las “leyendas” puramente históricas fueron vividas como sucesos en su época. Mas develarlos sin ayuda de la clave a la cual me refiero y que sólo se puede encontrar en el *Hupta–Vidia* o “ciencia secreta” de los antiguos arios, caldeos y egipcios, es una cosa absolutamente imposible. A despecho de esa dificultad, son muchos los que están convencidos que ha de llegar el día, más o menos próximo, en que todos los relatos legendarios del *Mahâbhârata* llegarán a ser, gracias a los progresos de la ciencia, una realidad *histórica* a los ojos de todos los pueblos. La máscara de la alegoría caerá y aparecerán hombres vivientes; y los eventos del pasado explicarán todos los enigmas y allanarán todas las dificultades de la ciencia moderna.

Nuestros sabios reniegan del antiguo método de Platón que va de lo general a lo particular; dicen que es anticientífico, olvidando que es el único método posible en la única ciencia positiva e *infalible*, las matemáticas. Ahora bien, el método inductivo de esos sabios es insuficiente en biología y psicología. Esos hombres de ciencia no prestarán atención por cierto a nuestras investigaciones acerca de la historia de los brahmanes en general y de la etnología en particular. Tanto peor... para ellos. “Abstente, en la duda”, la regla de oro de la sabiduría universal no fue escrita para ellos.

No se abstienen sino del conocimiento que puede contradecir sus preconceptos personales. ¿A dónde podrán llegar los orientalistas y los sanscritistas mientras sigan rechazando las interpretaciones de los antiguos libros brahmánicos que los mismos brahmanes escribieron? A errores tan evidentes y groseros como los de que son culpables los sabios etnólogos respecto de los toddes, y ello debido a que los etnógrafos olvidan muy oportunamente que la historia “universal” sobre la cual se apoyan para estudiar esa tribu original, se funda casi por entero en hipótesis indemostradas, y además se halla compuesta sólo por los mismos etnógrafos, es decir por sabios occidentales. Y nadie puede ignorar que todos los historiadores y etnólogos, hace sólo cincuenta años, no sabían nada acerca de los brahmanes y de su inmensa literatura. Una de las grandes autoridades europeas en materia histórica no afirmó recientemente que los hechos tal como estaban descritos en los libros de los brahmanes constituían sólo “invenciones de un pueblo supersticioso y groseramente ignorante”. (*Historia de la literatura sánscrita*, por Weber.)

Los acontecimientos relatados por los orientalistas no concuerdan casi nunca con los hechos de los brahmanes: “La Historia universal” no tiene lugar alguno en toda la “historia”. Oriente u Occidente deben ceder. ¿Y cómo los sabios pandits no se verían constreñidos a estudiar su propia historia con ayuda de las lentes de múltiples colores de los sanscritistas anglosajones? Así, gracias a los sabios de Europa, la época en que se escribió el *Mahâbhârata* se llevó casi al siglo de la invasión musulmana, ¡mientras tanto el *Râmâyana* y el *Bhagavad-Gîtâ* llegan a ser contemporáneos de la *Leyenda Dorada* católica!

¡Que los europeos afirmen lo que quieran! Nuestra convicción sigue siendo la misma: de nuestras tres razas nilguirianas, dos descienden indiscutiblemente de las razas primitivas prehistóricas de quienes nuestra *Historia Universal* no oyó hablar ni siquiera en sueños.

CAPÍTULO V

En la medida en que pudimos conocerlo, los toddees no tienen concepción alguna de la divinidad y hasta niegan las *devas* que adoran los baddagues, sus vecinos. Por esta razón nada existe en dicha tribu que recuerde la religión; y por ello es muy difícil hablar de su religión. El ejemplo de los budistas que rechazan también la idea de Dios, no puede aplicarse a los toddees: pues los budistas poseen una filosofía bastante compleja, mientras si los toddees, tienen una, nadie la conoce.

¿Cuál es entonces el origen de su elevada concepción de la ética, rara y casi desconocida por otros pueblos más civilizados, su práctica severa y cotidiana de las virtudes abstractas, como el amor a la verdad, a lo justo, el respeto al derecho de propiedad y el respeto absoluto a la palabra dada? Es preciso admitir seriamente la hipótesis de un misionero que dijo que los toddees representan una supervivencia antediluviana de la familia de Enoc.

Según lo que hemos podido averiguar, los toddees tienen las más extrañas ideas acerca de la vida de ultratumba. A la siguiente pregunta: ¿en qué se transforma el todde cuando su cuerpo se convierte en cenizas en la pira?, uno de los *terallis* contestó:

—Su cuerpo se convertirá en pasto en las montañas y alimentará a los búfalos. *Pero el amor por los niños y los hermanos se transformará en fuego, subirá al sol y allí arderá eternamente con una llama que dará calor a los búfalos y a los otros toddees.*

Invitado a explicarse con más claridad, el teralli agregó:

—El fuego del sol —y señaló este astro—, está compuesto de los fuegos del amor.

—¿Entonces sólo el amor de los toddees arde allí? —observó su interlocutor.

—Sí —respondió el teralli—. Sólo el amor de los toddees... *porque cada hombre bueno, blanco o negro, es un todde.* Los hombres malvados no aman; por eso, no pueden subir al sol.

Una vez por año, en la primavera, durante tres días, los clanes de los toddees realizan, uno tras otro, una serie de peregrinajes y trepan al pico de Toddabet donde hoy se encuentran las ruinas del templo de la Verdad. Cumplen en ese santuario una especie de penitencia pública y de confesión mutua. Los toddees celebran consejo y se confiesan voluntariamente sus pecados voluntarios e involuntarios. Se cuenta que durante los primeros años de la llegada de los ingleses, se hacían allí sacrificios: *por haber fingido la verdad* (el término directo de mentira es desconocido entre los toddees), quien había pecado daba un pequeño búfalo; por haber experimentado un sentimiento de ira hacia un hermano, el todde sacrificaba un búfalo entero que muchas veces estaba húmedo de sangre de la mano izquierda del todde arrepentido.⁵²

⁵² El capitán Garkness describe ese hecho en su libro del año 1837. No pude encontrar las ruinas de ese templo; y mistress Morgan cree que el autor pudo haber confundido a los toddees con los baddagues.

Todas esas ceremonias particulares, esos ritos pertenecientes a una filosofía mantenida manifiestamente secreta, incitan a los seres versados en la antigua magia caldea, egipcia y hasta medieval a pensar que los toddees están instruidos si no del sistema entero, al menos de una parte de las ciencias veladas u *ocultismo*. Sólo, la práctica de ese sistema que se divide desde las más remotas épocas en magia *blanca* y *negra* puede contribuir a proveer una explicación lógica de ese sentimiento tan meritorio de respeto a la verdad y de la elevada moralidad vividos por una tribu medio salvaje, primitiva, sin religión y que no se parece en nada a ninguno de los pueblos que viven en la tierra. Según nosotros –y es nuestra inquebrantable convicción– los toddees son los discípulos, semi inconscientes quizá, de la antigua ciencia de la Magia *blanca*, mientras que los mulukurumbes son los odiosos hijos de la magia *negra* o de la Hechicería. ¿Cómo pudo forjarse esta convicción en nosotros? Hela aquí:

No cuesta nada invocar el testimonio de seres conocidos en la historia y en la literatura desde Pitágoras y Platón hasta Paracelso y Eliphas Lévi que, al consagrarse exclusivamente al estudio de esta antigua ciencia enseñan que la *magia blanca* o *divina* no puede ser accesible a quienes se entregan al pecado o experimentan simplemente inclinación por él, sea cual fuere la forma en que se manifieste ese pecado. La rectitud, la pureza de costumbres, la ausencia de egoísmo, el amor al prójimo, tales son las primeras virtudes necesarias al *mago*. Sólo los hombres cuya alma es pura “ven a Dios”, proclama el axioma de los Rosacruces. Además, la magia nunca fue un acto *sobrenatural*.

Los toddees dominan por entero esta ciencia mágica. Llevan a enfermos a sus *terallis* –los curan. A menudo, ni siquiera ocultan su manera de devolver la salud. Acuestan al enfermo con la espalda vuelta hacia *el sol*: permanece así varias horas, en cuyo curso el teralli curandero efectúa pases, traza figuras incomprensibles con su caña sobre distintas partes del cuerpo, sobre todo en el lugar enfermo y sopla encima. Luego el teralli toma una taza de leche, pronuncia palabras conjuratorias; en una palabra practica las mismas ceremonias que emplean nuestros curanderos y curanderas. Finalmente sopla sobre la leche, luego se la hace beber al enfermo. No conozco ejemplo de un todde que, habiendo aceptado cuidar a alguien, no lo haya curado. Pero sólo acepta raras veces. Nunca se ocupará de un borracho o un libertino. “Cuidamos por el *amor* que mana del sol” dicen los toddees, “y el amor no actúa sobre un hombre *malo*”.

Con el fin de reconocer a los malos entre los enfermos que les traen, extienden a este último ante el búfalo jefe: si es menester cuidar al enfermo, el búfalo lo examina, lo olfatea, sino el animal se enfurece y se llevan al enfermo...

Nos falta decir esto: los magos, como sus alumnos teurgos, prohíben severamente la invocación de las almas de los muertos: “No la turbes y no la invoques (el alma), con el fin de que al irse no se lleve algo de terrestre” dice Psellius en sus *Oráculos caldeos*. Los toddees creen en *algo* que sobrevive al cuerpo: en efecto, según la confesión de los baddagues, prohíben a éstos tener comercio con los *bkhutis* (fantasmas) y les ordenan evitarlos así como a los kurumbes a quienes consideran grandes nigrománticos.

El profesor Molitor señala justamente (en su *Philosophy of History and traditions*) que sólo “el estudio concienzudo de las tradiciones de todos los pueblos y tribus puede permitir a la ciencia moderna apreciar en su justo valor las ciencias antiguas... La magia formaba parte de esos conocimientos y misterios. El profeta Daniel había realizado un

profundo estudio de esa ciencia; era doble: la magia *divina* y la magia *malhechora* o hechicería. Gracias a la primera el hombre se esfuerza por ponerse en contacto con el mundo espiritual e invisible; con el estudio de la segunda forma de magia, intenta adquirir el dominio sobre los seres vivos y los muertos. El adepto de la magia *blanca* aspira a realizar actos buenos y creadores del bien; el adepto de la ciencia *negra* no desea sino realizaciones diabólicas, acciones bestiales...”

Aquí el honorable obispo traza el paralelo entre los *toddes* y los *kurumbes*. Como entre los ocultistas de todos los siglos y los médiums de hoy que se convierten en hechiceros y nigrománticos inconscientes cuando no son mistificadores y charlatanes.

Si, para complacer a los materialistas, rechazamos la *hipótesis* de las magias blanca y negra, ¿cómo explicar esa multitud de manifestaciones inasibles en su abstracción, aun cuando extraordinariamente precisas e irrefutables de hecho, forjadas por las relaciones cotidianas entre los *toddes* y los *mulu-kurumbes*? Así preguntaremos ¿por qué los *toddes* curan de día, a la luz del sol, y por qué los *kurumbes* operan sus maleficios sólo al claro de luna, de noche? ¿Por qué unos devuelven la salud, por qué los otros difunden las enfermedades y matan? ¿Por qué, en fin, los *kurumbes* temen a los *toddes*? Si se encuentra con uno de esos seres incapaces de dañar un perro que lo hubiese mordido (si algún animal *pudiera* morder un *todde*), el repugnante enano se desploma presa de un ataque de mal caduco. No soy la única que lo ha observado; muchos escépticos que no creían ni en la magia blanca ni en la negra lo han visto. Gran número de escritores se refirieron a este hecho. He aquí lo que dice acerca de este tema el misionero Metz:

—Cierta hostilidad reina entre los *toddes* y los *kurumbes* que obliga a éstos a obedecer, a pesar de ellos, a los *toddes*. Al encontrarse con los *toddes*, el enano cae al suelo presa de una crisis que se asemeja a la epilepsia. Se retuerce en el suelo como una lombriz, tiembla de espanto y manifiesta todos los síntomas de un terror más bien moral que físico... Sea cual fuere lo que estaba haciendo al aproximarse el *todde* —y el *kurumbe* rara vez está ocupado en algo bueno— basta, no que el *todde* lo toque, sino que simplemente lo señale con su caña de bambú para obligar al *mulu-kurumbe*⁵³ a huir a todo correr. Pero casi siempre tropieza y cae a veces como si estuviese muerto, permaneciendo hasta la desaparición del *todde* en un estado de trance mortal (*dead trance*), de lo cual fui más de una vez testigo (*Reminiscences of life among Toddas*).

Evans en su Diario: "*Un veterinario en el Nilguiri*", refiriéndose al mismo tema, termina el cuadro descrito por Metz y agrega: "Recobrado de su crisis (?), el *kurumbe* se echó a reptar por el suelo, como una serpiente, y a comer, arrancándolas con los dientes, hierbas que escogía. Luego se refregaba el rostro contra la tierra, lo cual poco contribuía a aumentar sus naturales encantos. La tierra, muy rica en hierro y ocre, se quita muy difícilmente de la piel. Por consiguiente, cuando mi nuevo amigo (el *kurumbe* que quería robarlo) se levantó y se presentó a nosotros, titubeante, como un hombre ebrio, después del encuentro que nadie deseaba, se asemejaba a un clown de circo, cubierto de manchas y de sangrientos arañazos, amarillentos y rojos...”

⁵³ Los *kurumbes* se dividen en varias tribus; su nombre se debe a su pequeña talla. Por esa razón la raza *nilguiriana* es llamada, para distinguirla de los otros “*mulu-kurumbes*” o *enano-matorral erizado de espinas* (de las palabras *mulu*, matorral espinoso y *kurumba*, enano). Moran, en efecto, por lo general en los más tupidos, más infranqueables bosques, allí donde crecen los matorrales espinosos.

Y aún más: Ya hemos dicho que los todde nunca llevaban armas para protegerse de los animales, ni perro que pudiera avisarlos de la amenaza de cualquier peligro. Empero, en los recuerdos de los más viejos habitantes de Utti no se pudo encontrar nada que probase que un todde hubiese sido matado o herido por un tigre o un elefante. Un pequeño búfalo, perteneciente a los todde, y que hubiera sido degollado por los animales salvajes, es un hecho excesivamente raro y que no tiene lugar con los búfalos mismos. Nunca ocurrió que un tigre se haya apoderado de un niño o de una mujer de los todde. Y pido al lector que medite acerca de este hecho: esta intangibilidad protectora tiene lugar hoy, en 1883, cuando las “Montañas Azules” están llenas de casas habitadas por colonos e ingleses, cuando no pasa semana sin que se produzcan casos mortales entre los hombres y, cuando, la tercera parte de los rebaños se halla condenada regularmente a ser arrebatada por las fieras. Los coolies, los pastores, los niños de los indígenas y sus padres –todos pueden esperar una muerte cruel debida a un sanguinario tigre o a un elefante salvaje. Sólo el todde es capaz de pasar días en la linde de los bosques y de dormir tranquilo, indiferente y seguro de que nada le suceda.

Entonces ¿cómo explicar ese hecho conocido por todos, observado por todos? ¿Por la casualidad –es la explicación que siempre se da en Europa a lo inexplicable? Casualidad muy extraña, empero; pues esas coincidencias tienen lugar desde hace más de sesenta años ante los ojos de los ingleses; y, en cualquier caso, cuesta mucho controlarlas, y aún más demostrarlas antes de la llegada de los ingleses –hoy, fueron plenamente verificadas. Hasta los estadísticos juramentados prestaron atención a estos hechos y los anotaron, si bien ello no tuvo lugar sin *ingenuidad*.

–Los todde *casi* (?) no están expuestos al ataque de los animales salvajes”, leemos en las *Notas de los cuadros estadísticos* para el año de 1881, “*sin duda* a causa de algún *olor específico* que les es propio y que rechaza al animal. ¡Señor! ¡Qué ingenuidad! ...

¡Dicha probabilidad “de un olor *específico* es digna de imprimirse en letras de oro! ... ¡Es evidente que esta tontería *específica* es más agradable a ojos de los escépticos juramentados que el *hecho* irrefutable que les salta a la vista!

En esta realidad irrefragable que el europeo rehuye como el avestruz, con la cabeza gacha, esperando, al ocultarla de este modo, que los otros no lo verán –radica todo el enigma de la honda veneración, por una parte, y también del temor que inspiran los todde a todas las tribus de las “Montañas Azules”. Los baddagues los adoran, los mulu–kurumbes tiemblan ante ellos. Si ante un todde que anda serenamente, con una pequeña caña inofensiva e inocente en la mano– el espanto aplasta al kurumbe, se debe al sentimiento de amor y fidelidad que obliga al baddague a arrodillarse voluntariamente. El baddague al divisar a lo lejos al todde, se extiende en el suelo, silencioso, en la espera de su saludo y su bendición. Y el baddague es muy feliz si su *deva*, rozando apenas la cabeza de su adorador con el pie descalzo, traza en el aire un signo comprensible para él solo, luego se aleja lentamente, “el rostro altivo e impasible como el de un dios griego”, según la expresión del capitán O'Gredy.

¿Cómo consideran los ingleses ese sentimiento fanático de veneración de los baddagues hacia los todde y cómo lo explican? Muy natural y simplemente. Los ingleses rechazan, como una estúpida fábula, la tradición según la cual dichas relaciones surgieron en los antepasados de las dos razas e interpretan los hechos a su modo. Así el coronel Marcha escribe en su libro:

–Ese sentimiento parece tanto más singular cuanto que, según las estadísticas, los baddagues desde el comienzo fueron más numerosos que los todde. Es la relación de diez mil a setecientos. Empero, nada ni nadie hará vacilar al baddague supersticioso en su convicción de que el todde es una criatura sobrenatural. Los todde son gigantes desde el punto de vista físico y los baddagues no son de alta estatura, si bien muy fuertes y musculosos. He aquí todo el secreto del sentimiento de los baddagues por los todde.

Todo el secreto –¡por cierto no! ¿Por qué ni los chotes ni los errulares– dos tribus cuyos seres son de pequeña talla y de débil constitución si se los compara con los baddagues –por qué no manifiestan el mismo sentimiento de veneración respecto de los todde, aunque los respetan y mantienen relaciones constantes con ellos? Para descifrar el enigma es preciso conocer la historia de los baddagues y crearla, si no al pie de la letra al menos teniendo fe en sus relatos espontáneos. Lo esencial del problema radica según nosotros en el hecho de que los baddagues fueron *brahmanes*, aunque degenerados hoy, mientras que los chotes y los errulares no son sino simples parias. Y los baddagues (como los brahmanes en la India, antes del período musulmán), están instruidos acerca de muchas cosas que para los otros es letra muerta. ¿Qué saben? Lo diré en el siguiente capítulo. Por el momento hablemos un poco de los baddagues y de su religión. Como todas las demás manifestaciones del hombre en las “Montañas Azules”, esta religión se distingue por su originalidad y su carácter muy inesperado.

En la cumbre desnuda del pico de Rogasuamisk se encuentra su único templo abandonado. La religión de los baddagues se compone de ceremonias cuyo sentido han perdido desde hace mucho tiempo. Ese templo, su Meca –van allá dos o tres veces por año con el fin de leer sus conjuros contra la mayor parte de los dioses brahmánicos. Según el coronel Okhtorby, administrador general de las montañas, los baddagues constituyen una de las razas más tímidas y más supersticiosas de la India. “Viven en el constante temor de los espíritus malos, que, en su imaginación, rondan sin cesar en torno de ellos. Y el mismo espanto hace presa de ellos al solo pensamiento de los kurumbes. El pavor que los todde inspiran a los kurumbes, éstos lo provocan en los baddagues.”

Leamos lo que dice el coronel en su sabia obra acerca de la *superstición* de los desdichados baddagues:

–La enfermedad en el hombre, la epidemia que aqueja los animales, cualquier disgusto, cualquier suceso fortuito en sus familias, sobre todo la mala cosecha que los arruina –todo es en seguida atribuido por los baddagues a los encantamientos de los malvados brujos kurumbes; y se apresuran en buscar ayuda en la fuerza contractuante del *buen* todde... Esta estúpida superstición está tan profundamente arraigada en todas las tribus del Nilguiri que debimos juzgar muchas veces a los baddagues por una matanza general de kurumbes o por un incendio de aldea... –Y sin embargo los baddagues recurren con frecuencia a la ayuda, a la cooperación de los kurumbes, sobre todo cuando se trata de alguna adquisición ilegal, deshonesta. Se dirigen, entonces, por intermedio de los enanos, a los malos espíritus *imaginarios* y sometidos a los kurumbes...”, (*Statistical Records of Nilguirry*).

Empero los ingleses nunca vieron que un todde se mezclara en esos asuntos “turbios”... Los baddagues aborrecen a los kurumbes, los temen, y a despecho de ello,

tienen constante necesidad de ellos. Ninguna siembra, ningún asunto se concluye sin la ayuda del “hechicero negro”.

En primavera, cuando se siembra las tierras, no se da comienzo a trabajo alguno antes que el kurumbe no la *bendiga* con el sacrificio en los campos de un cabritillo o de un gallo (siempre negros), o no arroje el primer puñado de granos pronunciando conjuros conocidos. Con el fin de lograr una buena cosecha, los baddagues se dirigen a los kurumbes, pidiéndoles que sean los primeros en rastrillar y, en la época de siega, que, sean los primeros en segar el primer manojo de espigas o arrancar el primer fruto.

El autor sigue escribiendo, para explicar científicamente esta extraña superstición:

–El kurumbe es de estatura ridículamente pequeña. Su aspecto enfermizo, cadavérico, con un bosque de cabellos hirsutos, atados en un enorme moño en la coronilla, su silueta que inspira repugnancia, *explican plenamente el terror imbécil* que experimenta ante él *el tímido baddague*. Cuando el baddague se encuentra de improviso con un kurumbe en un camino, huye como si viese un animal feroz⁵⁴. Y si no pudo evitar a tiempo la “mirada de víbora” que le echa el hechicero, el baddague regresa inmediatamente a su casa y presa de desesperación como una criatura condenada a muerte, se abandona a su destino, que es, según él, *ineluctable*. Realiza sobre sí todas las ceremonias prescritas por los *Chastramis* y que deben preceder la muerte: reparte, entre sus allegados, si posee alguna riqueza, su dinero y sus campos. Luego se acuesta y espera la muerte que (hecho extraño cuando se medita en él) sobreviene entre el tercer y el décimotercer día después del encuentro. Tal es *la fuerza de la imaginación supersticiosa*, explica ingenuamente el autor, *que mata casi inevitablemente a hora fija a la desdichada y estúpida criatura...*”

Si *el poder de la imaginación supersticiosa es el único homicida*, ¿cómo explica el respetable autor el siguiente hecho? El suceso tuvo lugar recientemente y todos lo recuerdan en las “*Montañas Azules*”.

Los “baar–saab” anglo–hindúes no pueden ver a los sucios y salvajes kurumbes sino en los bosques, sea de diez veces nueve en las cacerías. Por eso el segundo encuentro de un funcionario inglés y de los kurumbes tuvo lugar en un bosque y, de nuevo, a causa de un elefante. (El lector recuerda el primer episodio, con mister Betten, que me relató mistress Morgan.)

El héroe de este suceso es un hombre que ocupaba una elevada situación oficial. Era conocido por todos como uno de los mejores representantes de la sociedad inglesa, y su familia aún no abandonó Calcuta, según creo, donde su joven viuda vive con su hermano mayor. La mujer del general Morgan la quería mucho, y es el único motivo por el cual no puedo dar aquí su verdadero nombre. Prometí no nombrarlo, aunque, en el siguiente relato, todos aquellos que estuvieron en Madras lo reconocerán fácilmente.

Mister K... emprendió una cacería con algunos amigos, *chikaris* y numerosos criados. Mataron un elefante y sólo entonces mister K... se dio cuenta que se había olvidado de traer un cuchillo especial para cortar los colmillos del animal. Los ingleses resolvieron dejar al animal bajo la guardia de cuatro cazadores baddagues, con el fin de protegerlo

⁵⁴ El autor hubiera debido decir que el baddague huía sólo de *los kurumbes que le tenían rabia*. No tiene por qué huir de los otros. Pero si el kurumbe llega a enemistarse con alguien, entonces, como lo mostraremos, se vuelve realmente peligroso.

contra las fieras, y almorzar en una plantación vecina. K... debía regresar dos horas después para sacar los colmillos...

Programa fácilmente realizable, al menos aparentemente. Sin embargo, cuando mister K... regresó, tuvo que enfrentarse con un obstáculo imprevisto. Una decena de kurumbes estaban sentados sobre el elefante, trabajando con ahínco para cortar los colmillos del animal. Sin prestar la menor atención a las palabras del alto dignatario, los kurumbes le declararon fríamente que por haber sido muerto el elefante en su territorio, consideraban que tanto el animal como los colmillos les pertenecían. En efecto, sus chozas se levantaban a algunos pasos de allí.

El lector adivinará la cólera que esta insolencia produjo en el orgulloso inglés. Les ordenó desaparecer de su vista al punto, pues en caso contrario sus hombres los expulsarían a latigazos. Los kurumbes se echaron a reír y prosiguieron su trabajo, sin dignarse mirar al *bara-saab*.

Mister K... gritó entonces a sus servidores que expulsaran a los kurumbes por la fuerza.

Veinte cazadores armados lo seguían. Mister K... era un hermoso hombre, de elevada estatura, de unos treinta y cinco años de edad, conocido por su vigorosa salud y su fuerza, así como por su irascibilidad. Había unos diez kurumbes, casi desnudos y sin armas. Cuatro baddagues, a quienes habían dejado al elefante, huyeron naturalmente en cuanto los kurumbes les ordenaron hacerlo. Tres cazadores hubieran bastado para cazar a los desdichados enanos. Empero, los gritos de mister K... no produjeron el menor efecto: nadie se movió.

Todos temblaban de miedo, pálidos, la cabeza gacha. Algunos hombres, entre quienes se hallaban los baddagues escondidos en la maleza, se echaron a correr y desaparecieron en la espesura.

Los mulu-kurumbes sentados en los despojos del elefante miraban con atrevimiento al inglés, mostrando los dientes y, al parecer, provocándolo.

Mister K... perdió todo dominio de sí.

–“¡Cobardes! ¿Expulsarán, sí o no, a esos bandidos?“, aulló.

–Imposible, saab –declaró un chikari de blanca barba–, imposible... Para nosotros es una muerte segura... Los kurumbes están en sus tierras...

De un brinco mister K... bajó de su caballo. Entonces el jefe de los kurumbes, feo como un pecado encarnado, saltó de pronto sobre la cabeza del elefante, se puso a brincar haciendo muecas, rechinando los dientes como un chacal. Luego, meneando la horrible cabeza y amenazando con los puños, se irguió y abarcando con una mirada circular a todos los presentes, dijo:

–“Aquel que toque el primero *nuestro* elefante, *no tardará en recordarse de nosotros el día de su muerte*. No verá la nueva luna.”

La amenaza era vana. Los sirvientes del funcionario parecían haberse convertido en estatuas de piedra.

Entonces mister K..., furioso luego de haber golpeado a culpables e inocentes con un enorme látigo, agarró al jefe de los kurumbes de los cabellos y lo arrojó lejos. Luego,

sin dejar de repartir latigazos, derribó y puso en fuga a los demás kurumbes que intentan resistir, aferrados a las orejas y los colmillos del animal.

Todos los kurumbes se detuvieron a diez pasos de mister K..., quien se dispuso a cortar los colmillos. En el curso de la operación, según lo servidores, los kurumbes *no dejaron de mirar* al inglés.

Habiendo terminado su trabajo, mister K... entregó los colmillos a sus hombres dándoles orden de llevarlos a su casa. Ya levantaban el pie para ponerlo en el estribo, cuando su mirada se cruzó con la del jefe de los kurumbes, sobre quien había triunfado.

–Los ojos de estos canallas me produjeron la misma impresión que la mirada de un horrible sapo... Sentí una especie de náusea, contaba mister K... esa misma noche a sus amigos que habían venido a cenar con él. Y no pude retenerme, agregó con voz aún temblorosa de repugnancia. Lo castigué otra vez con mi látigo. El enano, acostado inmóvil en el suelo, allí donde lo había arrojado, se levantó de un brinco, pero no escapó para gran sorpresa mía. Retrocedió simplemente algunos pasos y siguió mirándome fijamente sin bajar los ojos...

–Tal vez le habría convenido más dominarse, observó alguien. Esas horribles criaturas perdonan rara vez.

Mister K... se echó a reír.

–Los *chikaris* me lo dijeron también. Regresaban como condenados a muerte... ¡Tienen miedo del ojo!... ¡Pueblo imbecil y supersticioso! ¡Hubieran debido hacer mucho abrirles los ojos respecto de dicho ojo! El célebre “ojo de víbora” me abrió el apetito...

Y mister K... prosiguió burlándose de los supersticiosos hindúes.

Al día siguiente por la mañana, pretextando que se había cansado mucho la víspera, mister K... que se levantaba siempre muy temprano, como todo el mundo en la India, durmió mucho tiempo y no se levantó sino a mediodía. En la tarde, el brazo derecho le dolía.

–El viejo reumatismo, observó. Esto pasará dentro de algunos días.

Pero él segundo día, sintió tal debilidad que sólo podía andar con dificultad. Al tercer día, guardó cama. No tenía fiebre, sólo esa inexplicable debilidad y un extraño cansancio en todos los miembros.

–Parece que la sangre de mis arterias se hubiera transformado en plomo, declaró a sus amigos.

El apetito, estimulado por el “ojo de víbora”, como solía decir, desapareció bruscamente; se declaró el insomnio. Ningún narcótico produjo el menor efecto. En cuatro días, mister K... siempre en buena salud, fuerte, rojo, atlético, se convirtió en un esqueleto. En la quinta noche después del día de la cacería, con los ojos siempre abiertos, despertó a sus allegados y al médico que dormía en la habitación contigua, gritando como un poseso:

–¡Echen a esa repugnante bestia!... aullaba. ¿Quién permitió que entrase en casa ese animal? ... ¿Qué quiere? ... ¿Por qué me mira así?

Reuniendo sus últimas fuerzas arrojó hacia un objeto invisible un pesado candelabro que se estrelló contra un espejo.

El médico pensó que el delirio acababa de apoderarse de su enfermo. Mister K... no dejó de gritar y quejarse hasta la mañana, afirmando que veía junto a su cama al kurumbe a quien había golpeado. La visión desapareció por la mañana, empero mister K... seguía afirmando lo mismo.

—No era delirio, farfulló trabajosamente. El enano debió deslizarse no sé cómo... Lo *he visto en carne y hueso*, y no en la imaginación.

En la siguiente noche, aunque su estado había empeorado, el inglés no vio más al kurumbe. Los médicos, que no comprendían nada, diagnosticaron un caso de “fiebre de la jungla” (*jungle fever*) de la India.

Al noveno día, mister K... perdió el uso del habla: murió al décimotercer día.

Si “la fuerza de la imaginación *supersticiosa* mata en fecha fija a una *desdichada y estúpida criatura*” ¿qué poder debe de tener esa fuerza para matar a un gentleman rico y culto, *que no creía en nada*? “Extraña coincidencia, simple casualidad, nos dirán.” Todo es posible. Pero entonces esas *coincidencias* son innumerables en los anales de las “Montañas Azules”, y, por sí solas, presentan un fenómeno mucho más extraño que la verdad...

Los ingleses reconocen que nunca sucedió que un indígena pudo escapar sano y salvo al influjo del “ojo de víbora” de un kurumbe encolerizado. Y los mismos ingleses declaran que la única salvación es la siguiente: acudir a los *toddes* dentro de las *tres primeras horas* después *del encuentro* y pedirles su ayuda. Si el *teralli* consciente, cada *totde* puede fácilmente *sacar (sic)* el veneno del hombre envenenado por el *ojo*. Pero ay de aquel que se halla después del *ojo* a una distancia de los *roddes* demasiado grande para que pueda ser franqueada en tres horas; y malhaya aquel a quien le echaron la *mala suerte* y a quien el *totde*, luego de haberlo mirado, se niegue a “sacarle el veneno”... Entonces, el enfermo está condenado a una muerte cierta...

Hay en el mundo muchos fenómenos, hay numerosas verdades inexplicables, o más bien que nuestros sabios no alcanzan a explicar. A menudo la prensa se aparta de esos hechos extraños con repugnancia y los rehuye como la fuerza impura que expulsa el incienso. Sin embargo, a veces se producen algunos sucesos que la sarcástica prensa se ve obligada a notar *empero* y a ahondar a despecho de ella. Ello ocurre cada vez que a consecuencia del *supersticioso* espanto provocado por encantamientos y la hechicería, una aldea entera quema al autor de las fechorías, sea un hechicero, sea una hechicera. Entonces, en nombre de la legalidad y para satisfacer la curiosidad general, los diarios se extienden sobre las tristes manifestaciones de la “*incomprensible* y entristecedora superstición de nuestro pueblo”.

Un hecho semejante tuvo lugar en Rusia, hará cosa de tres o cuatro años, cuando se juzgó y *se absolvió* a una aldea entera (sesenta hombres, si no me equivoco) por haber quemado a una vieja, medio loca, a quien sus vecinos, los mujiks, habían elevado a la dignidad de bruja. La prensa de Madras se vio obligada recientemente a abordar el mismo tema en condiciones casi idénticas.

Con la diferencia de que nuestros humanitarios amigos, los británicos insulares, se mostraron menos indulgentes que los jueces rusos: cuarenta hombres, kurumbes y baddagues, fueron ahorcados el año pasado, *sans bruit ni trompette*.

Todos recuerdan la espantosa tragedia que se desarrolló en aquella época en las “Montañas Azules”, en el poblado de Ebonaud, a algunas millas de Uttakamand. El baile del burgo tenía un hijo: éste cayó de súbito enfermo, luego tuvo una lenta agonía. Como en los meses anteriores tuvieron lugar varios casos de muerte misteriosa, los baddagues atribuyeron en seguida el mal de que estaba aquejado el niño al “ojo de víbora” de los kurumbes. En su desesperación el padre se echó a los pies del juez; en otros términos presentó una denuncia. Los anglo–bindúes se rieron de este suceso durante tres días y hasta expulsaron al *monegar* con bastante brutalidad. Entonces los baddagues resolvieron hacerse justicia por propia mano: incendiaron la aldea de los kurumbes hasta la última casa. Y rogaron a, un todde que fuera con ellos; sin el todde ningún kurumbe podía ser quemado por el fuego ni ahogado por el agua. Tal es lo que creen los baddagues y nada puede persuadirlos de lo contrario. Los todde celebraron consejo y aceptaron: sin duda “los búfalos lo querían así”. Acompañados por un todde los baddagues se pusieron en camino en una oscura noche de fuerte viento y dieron fuego simultáneamente a todas las chozas de los kurumbes. Ni un solo kurumbe escapó a la muerte: en cuanto salía de su choza, los baddagues lo echaban de nuevo en las llamas o lo mataban a hachazos. Únicamente escapó una vieja; tuvo tiempo de ocultarse en las malezas. Denunció a los incendiarios. Muchos baddagues fueron arrestados y al todde lo detuvieron con ellos. Este fue el primer criminal de esa tribu que los ingleses encarcelaron después de la fundación de Uttakamand. Pero los ingleses no lograron ahorcarlo: en la víspera de sufrir la pena capital, el todde desapareció no se sabe cómo, mientras veinte baddagues morían en la cárcel con *el vientre hinchado*...

Ese proceso tuvo lugar sólo hace algunos meses. El mismo drama se representó tres años antes en Kataguiri. Fue en vano que los defensores y hasta el abogado del gobierno insistieran para que se reconocieran circunstancias atenuantes en favor de los acusados: en efecto, la única causa era la honda creencia de los indígenas en la hechicería de los kurumbes y el daño que éstos hacían impunemente. Todos solicitaron si no la gracia, al menos la no aplicación de la pena capital. Sus esfuerzos fueron inútiles. Los partidarios del científicismo inglés pueden aún, dándole un nombre más sabio, creer en el efecto del “ojo” y de la mala suerte; los tribunales ingleses –¡nunca! Empero la ley que hace dos siglos condenaba todos los años a tantos miles de hechiceros y hechiceras al suplicio sigue en vigencia en Inglaterra. No se la abrogó. Cuando se presenta la necesidad, bajo la forma de satisfacer el deseo de las estúpidas masas, los santurrones y los ateos como el profesor Lancaster que ordenó castigar al médium americano Slead –se saca esta antigua ley del polvo del olvido y se la aplica a un hombre a quien sólo se le puede culpar de impopularidad. En la India, esa ley es inútil y hasta puede llegar a ser peligrosa: enseña a los indígenas que sus señores compartían antaño su “superstición”. Mas tal es la fuerza de la opinión pública en Inglaterra que hasta la misma ley debe ceder...

Secretario de una Sociedad que tiene como objeto el estudio más profundo posible de los problemas psicológicos, me gustaría probar que no hay “superstición” en el mundo que no tenga su origen en la verdad. En realidad, nuestra Sociedad teosófica hubiera debido llamarse, en el nombre mismo de esa Verdad, “Sociedad de los descontentos de

la ciencia *material* contemporánea”. Somos la protesta viviente tanto contra el materialismo grosero de la época como contra la creencia irrazonable, demasiado encerrada en los estrechos marcos de la sentimentalidad, en los “espíritus” de los muertos y la comunicación *directa* entre el mundo del más allá y el nuestro. *No afirmamos, nada, no negamos nada*. Y como nuestra sociedad se compone en su mayor parte de seres que pertenecen a la elite europea, con muchos nombres conocidos en la ciencia y la literatura, nos atrevemos a no hacer caso a todas las sanciones de los organismos científicos *oficiales*. Preferimos seguir una táctica de espera, sin perder empero oportunidad alguna de aprovechar cualquier hecho que escape a las condiciones físicas ordinarias, con el fin de presentarlo a la meditación del público. Dejemos que esos hechos se conviertan en viviente reproche para la actividad de los maestros de las ciencias naturales que, para satisfacer la rutina, no moverán un dedo a fin de esclarecer el problema de las fuerzas misteriosas de la naturaleza.

No sólo buscamos las pruebas materiales e irrefutables de la esencia misma de esas manifestaciones que el pueblo bautizó con el nombre de “hechicería”, de “arte que cura”, de “hechizo” y que, en los medios místicos de los seres cultos se denominan “fenómenos espiritistas”, “mesmerismo” o simplemente “*magia*”. Deseamos penetrar hasta las causas mismas de esas creencias, hasta las fuentes de esa fuerza psíquica que la ciencia física sigue tomando en solfa y negando con extraña obstinación. Mas ¿cómo explicar esas creencias? ¿A qué debemos atribuir el extraño hecho que entre las tribus salvajes de las “Montañas Azules”, que nunca oyeron hablar de nuestras hechiceras rusas, la fe en la “hechicería” que encontramos en las aldeas de Rusia se manifiesta idénticamente, en todos sus detalles, desde los conjuros de los curanderos rusos hasta la farmacéutica especial, los compuestos de hierbas y otros procedimientos del mismo género. Y esas mismas “supersticiones”, tanto según el espíritu cuanto según la letra, viven en los pueblos inglés, francés, alemán, italiano, español y eslavos. Los latinos dan la mano a los eslavos, los arios y los turanios a los semitas en su creencia común en la magia, en los encantamientos, en la clarividencia, en las manifestaciones de los espíritus buenos y malos. Hay “identidad” de fe, no en sentido relativo, sino en la literal acepción del término. Ya no es “superstición” sino una ciencia internacional con sus leyes, sus fórmulas invariables, sus mismas aplicaciones.

CAPÍTULO VI

Es muy peligroso salir de nojohe sin armas en ciertos lugares de las “Montañas Azules”, cerca de los densos bosques donde moran los kurumbes. Pues bien, junto a una de esas espesuras, entre Kattaguiri y Utti, vive una familia de euroasiáticos bastante rica: la madre, ya anciana, dos hijos y un sobrino huérfano criado desde la cuna por la tía que sigue venerando la memoria de su hermana menor ya fallecida. Le habían prohibido al niño entrar en el bosque. Pero quería mucho a los pájaros. Un día, arrastrado por su pasión, el muchachito se alejó de la casa y se extravió en el bosque. Una golondrina saltaba de rama en rama y se esforzaba por agarrarla. De este modo corrió tras el pájaro hasta la puesta del sol. En Utti, ciudad rodeada por todos lados por montañas y peñas, el paso del día a la noche se realiza casi instantáneamente.

Cuando se vio en lo más tupido del bosque, el niño tuvo miedo y se apresuró en regresar a su casa. Desdichadamente, sintió repentino dolor en el pie; se sentó entonces en una piedra y se quitó el zapato. Mientras examinaba la llaga, buscando la espina que había penetrado en la carne, un gato salvaje saltó de un árbol y cayó muy cerca de él. Viendo entonces que el animal no menos aterrorizado que él se aprontaba para atacarlo, el desdichado niño, atemorizado, empezó a dar estridentes gritos. En ese mismo momento dos flechas se hundieron en los flancos del animal que rodó por un profundo barranco, mortalmente herido. Y dos kurumbes, sucios, semidesnudos, se apoderaron del animal y luego hablaron al niño, burlándose de su temor...

El pequeño pudo contestarles, pues conocía su lengua, como todos los euroasiáticos que viven en las “Montañas Azules”. Temiendo regresar a su casa solo, pidió a los kurumbes que lo acompañaran hasta la casa, prometiéndoles que les haría entregar arroz y aguardiente. Los mulu-kurumbes aceptaron y los tres se pusieron en camino. Mientras andaban de esta suerte, el niño contó a sus compañeros su aventura con la “golondrina”. Los kurumbes le prometieron, a su vez, que agarrarían para él todos los pájaros que desease en cambio de una pequeña retribución. Los kurumbes son conocidos por su habilidad en la caza: se apoderan con tanta facilidad de un pájaro como de un elefante o de un tigre. Quedó entendido que los tres se encontrarían al día siguiente en el valle. Cazarían pájaros. En suma, el niño y los kurumbes se hicieron amigos.

Interesa explicar aquí cómo los kurumbes se apoderan de los pájaros. El enano agarra una vara, la hace girar en las manos como si la puliera, luego la hunde en el suelo, a dos pies de profundidad, en cualquier matorral. Y se acuesta, boca abajo, junto al matorral, con los ojos fijos en el pájaro, si por acaso el ave da saltitos allá *donde pueda verse*. Entonces, el kurumbe espera pacientemente. He aquí lo que escribe acerca de ese particular mister Betlor que una vez fue testigo de semejante “caza”.

–“En ese momento los ojos del kurumbe cobraron extraña expresión... No he visto ese fulgor salvo en la mirada de las serpientes cuando, al acechar su presa, la fijan sobre la víctima *fascinándola*. El sapo negro de Maisur tiene también esa mirada fija, vidriosa, que parece brillar con fría luz interior que atrae y repele al mismo tiempo. Por algunas rupias, un kurumbe me permitió presenciar su captura. El pájaro despreocupado, alegre,

activo, va de rama en rama y gorjea. De pronto, se detiene y parece escuchar. La cabeza algo inclinada, permanece algunos segundos inmóvil; luego se sacude y se esfuerza por escapar. A veces el animal levanta vuelo, pero esto ocurre muy poco. Generalmente, parece que una fuerza irresistible lo atrae hacia un círculo encantado, y empieza a volar de través hacia la vara. Se le erizan las plumas, lanza grititos quejosos, y empero se aproxima saltando nerviosamente... Por fin helo cerca de la vara “encantada”. De un salto el pájaro se posa encima y se cumple su destino. No puede más escapar y permanece pegado a la vara. El kurumbe se precipita hacia el desdichado animal con una rapidez que le envidiaría una serpiente... y si entregáis al enano algunas monedas más, se traga el pájaro vivo con plumas y garras...”

Así fue como los dos kurumbes se apoderaron de dos golondrinas amarillas y se las entregaron al pequeño Simpson. Mas, el mismo día *hechizaron* también al niño. Uno de los kurumbes lo “encantó” como había encantado a los pájaros. Se apoderó de su voluntad, se hizo dueño de sus pensamientos, lo convirtió en una máquina inconsciente, lo “hipnotizó”. Toda la diferencia entre el médico que hipnotiza y el kurumbe estriba en el medio escogido: el primero emplea pases visibles o utiliza el método científico del magnetismo; mientras que el último debió *mirar* simplemente al niño durante la *caza y tocarlo*.

Un cambio manifiesto se produjo en la conducta del pequeño Simpson. Su salud no se resintió y conservó su buen apetito; pero pareció envejecer unos años, y los padres y toda la gente de la casa notaron que muchas veces caminaba como en sueños. Muy pronto empezaron a desaparecer objetos de plata de la casa de la señora Simpson: cucharas, azucareros, hasta el crucifijo de plata, luego le llegó al turno al oro. Reinaba mucha agitación en la casa. A despecho de todos los esfuerzos para descubrir al ladrón, pese a todas las precauciones que se tomaron, los objetos siguieron desapareciendo del armario muy bien cerrado y cuya llave la dueña de casa nunca abandonaba... La policía, a quien se recurrió, se declaró impotente para descubrir al culpable. Las sospechas recayeron sobre todos los moradores de la casa sin poder señalar a nadie en particular. El sirviente de la casa estaba al servicio de la familia desde muchos años atrás y la señora Simpson confiaba tanto en esa persona como en sí misma.

Una tarde, la señora Simpson recibió de Madras un paquete que contenía un pesado anillo de oro. Lo ocultó en su armario de hierro, puso la llave debajo de su almohada y resolvió pasar la noche en vela para descubrir al culpable. Para mayor certidumbre, se negó a beber el vaso de cerveza que siempre tomaba para dormirse en seguida. Había observado que, desde hacía algún tiempo, sus miembros se entumecían después de beberlo y su sueño era pesado.

El niño dormía en un cuartito, cerca del dormitorio. Hacia las dos de la madrugada, la puerta del cuartito se abrió, y a la luz de la lamparilla, la señora Simpson vio a su sobrino que entraba. Por poco no le pregunta qué deseaba; pero recobrándose al punto, esperó, con el corazón oprimido por la angustia. El niño se adelantaba, en efecto, como un sonámbulo. Tenía los ojos abiertos y el rostro –como ella lo dijo después en el tribunal– tenía una expresión severa, casi cruel. Fue derecho hacia la cama, sacó suavemente la llave de debajo de la almohada, con tanta rapidez, tanta destreza que más bien vio que sintió la mano del pequeño deslizarse debajo de su cabeza. Luego abrió el armario, buscó algo en el interior, lo cerró.

Tal era la presencia de ánimo de la señora Simpson que se quedó un instante sin moverse. ¡Su querido sobrino, un niño, era un ladrón! ¿Dónde ocultaba los objetos robados? Quiso saber a qué atenerse; era menester descubrir el ladrón.

La señora Simpson se vistió sin hacer ruido y con rapidez, luego examinó el cuarto de su sobrino. Ya no estaba allí, pero la puerta que daba al patio estaba abierta. Entonces salió, siguiendo las huellas aún frescas y percibió la silueta del pequeño deslizarse cerca de la pajarera. La luna iluminaba el jardín. Y la señora Simpson observó el gesto del niño que se agachaba para ocultar algo en la tierra. Resolvió esperar hasta la mañana. “Mi pequeño es sonámbulo, pensó. Sin duda, encontraré los demás objetos. Es inútil despertarlo y asustarlo ahora.”

Y la señora Simpson entró en la casa, sin dejar de estar convencida que el niño se había vuelto a acostar y que dormía profundamente. Empero, seguía con los ojos abiertos, como lo había visto cuando se había acercado a ella. Este hecho la asombró, hasta la espantó, sin embargo su resolución de esperar hasta la mañana no la abandonó.

Al día siguiente llamó a sus hijos y les contó los sucesos de la noche. Se dirigieron a la pajarera, vieron la tierra recién removida, pero no encontraron nada. El niño tenía evidentemente cómplices.

En cuanto el pequeño regresó de la escuela, la señora Simpson lo acogió como de costumbre: interrogándolo, no se podría descubrir nada y, quizás, el esclarecimiento del problema se haría más difícil. Le sirvió, pues, la comida, pero no dejó de observarlo. Al término del almuerzo, se levantó para lavarse las manos y, quitándose el anillo, lo dejó a propósito sobre la mesa. A la vista de ese objeto de oro, los ojos del niño brillaron. Su tía se dio vuelta: inmediatamente, el niño se apoderó del anillo y lo puso en el bolsillo. Luego se levantó y salió indolentemente de la casa.

La señora Simpson lo detuvo.

–¿Dónde está mi anillo, Tom? –le preguntó–. ¿Por qué te apoderaste de él?

–¿Qué anillo? –contestó Tom con indiferencia–. No he visto su anillo ...

–¡Lo tienes en el bolsillo, miserable! –gritó la señora Simpson dándole una fuerte bofetada. Y arrojándose sobre el niño que permanecía tranquilo, le sacó el anillo del bolsillo y se lo mostró. Tom no opuso resistencia alguna.

–¿De qué anillo me hablas? –preguntó a su tía con cólera–. Es un grano de oro... lo tomé para mis pájaros... ¿Por qué me pega usted? ...

–¿Y todos los objetos de plata y de oro que me robas desde hace dos meses, eran también granos según lo que me dices, mentiroso, ladronzuelo? ¿Dónde los pusiste? ¡Habla o llamo a la policía! –gritó la señora Simpson fuera de sí.

–No le he robado nada a usted. Nunca tomé nada sin su permiso, salvo unos granos y un poco de pan... para los pájaros...

–¿Dónde robabas los granos?

–En casa, en el armario... ¿No me dio usted el permiso?... Esos granos de oro no se encuentran en el mercado... Si no, no se los hubiera pedido.

La señora Simpson comprendió que se hallaba frente a un enigma incomprensible, un terrible misterio que no podía comprender. El niño –sea debido a un ataque de demencia

o de sonambulismo crónico— creía decir la verdad o en todo caso lo que creía que lo era...

Comprendió que acababa de cometer un error. El secreto se le escapaba. El niño tenía cómplices, ella los descubriría. Y la señora Simpson fingió reconocer que se había equivocado. Su corazón sangraba dolorosamente, pero siguió la experiencia hasta su fin.

—Dime, Tom —preguntó con ternura—, ¿recuerdas el día en que te di permiso para que tomaras en el armario de hierro los granos de oro para los pájaros?

—Fue el día en que pude agarrar los pájaros amarillos —explicó el niño súbitamente severo—. ¿Por qué me pegó usted? ... Usted me dijo: agarra la llave que está debajo de mi almohada cuando la necesites; toma también los granos de oro... son mejores para tus pájaros que los granos de plata... Pues bien, los tomé ... Por otra parte, no queda casi nada —agregó tristemente Tom—, ¡y mis pájaros se morirán!...

—¿Quién te lo dijo?

—Él... aquel que agarra para mí los pájaros y que me ayuda a alímentarlos.

—Pero, ¿quién es?

—No lo sé —respondió el niño con esfuerzo. Y se pasó la mano por la frente—. No sé nada ... él, usted lo vio muchas veces... Vino hará cosa de tres días, a la hora de la cena, cuando saqué del plato de tío un grano de plata... Tío lo puso allí para mí... Me dijo: tómallo... Entonces tío me dijo sí con la cabeza y lo agarré.

En efecto, mistress Simpson recordó que ese día habían desaparecido misteriosamente diez rupias de plata que estaban sobre la mesa: su hijo acababa de sacarlas del bolsillo para pagar una factura. Esa pérdida era la más inexplicable de todas.

—Pero, ¿a quién diste los granos?... Los pájaros no se alimentan de noche...

Se los di a él, detrás de la puerta ... *Él* salió antes que terminase la cena. Esa vez habíamos comido de día y no de noche.

— ¡De día! Las ocho de la noche es el día para ti...

—No sé... pero era de día... no hubo noche ... por otra parte, hace mucho que las noches han desaparecido...

— ¡Señor! —se lamentó la señora Simpson, levantando los brazos con gesto de espanto—, este niño ha enloquecido... ¡ha perdido el juicio!

De pronto se le ocurrió una idea.

Pues bien, toma ese grano de oro —le dijo dándole su prendedor—. Tómallo y dáselo a los pájaros... te miraré...

Tom se apoderó del prendedor y corrió gozoso hacia la pajarera. Tuvo lugar entonces una escena que convenció a mistress Simpson del desarreglo de las facultades cerebrales de su sobrino. Andaba en torno de las jaulas y arrojaba granos imaginarios; ahora bien, casi todas las jaulas estaban vacías. Sin embargo Tom *frotaba el prendedor* entre sus dedos, como si fueran granos, luego hablaba a los pájaros ausentes, silbaba y reía de gozo.

—Y ahora, *auntie* (tía), le voy a llevar el resto para que él lo guarde... Al comienzo me ordenaba enterrar los restos debajo de la ventana... pero esta mañana me dijo de llevarlos allá... Pero no me siga usted... si no, no vendrá...

—Muy bien, amiguito. Irás solo, aceptó mistress Simpson.

Sin embargo, retuvo a su sobrino, con un pretexto cualquiera, durante media hora. En ese tiempo mandó buscar secretamente a un agente de policía, y luego de prometerle una buena recompensa, le pidió que siguiera al niño adonde éste fuese.

–Si entrega el prendedor a alguien –declaró–, detenga al hombre: es el ladrón.

El policía llamó a un compañero en su ayuda y siguió al niño todo el día. Ya entrada la noche, lo vieron dirigirse a la espesura. De pronto un enano, muy feo, salió de los matorrales e hizo una señal a Tom que, en seguida, fue hacia él como un autómatas. Viendo al niño que parecía “desparramar” algo en la mano del kurumbe, los policías se presentaron y lo detuvieron con la prueba misma del delito: el prendedor de oro.

El kurumbe se libró del asunto con algunos días de cárcel. No pudo alegarse contra él pieza alguna de convicción: no tenía sino el prendedor, y el niño aseguró que se lo había entregado de buen grado, “no sabía por qué motivo”. El tribunal juzgó confusas las declaraciones del pequeño Simpson que “deliraba” acerca de los “granos de oro” y no reconocía al kurumbe. Ante todo era menor de edad y el médico lo declaró idiota incurable?. Su testimonio y las palabras embrolladas de la señora Simpson que no supo explicar lo que le había dicho su sobrino, no contaron para nada. La declaración del policía no tuvo lugar: hubiera podido tener peso, pues conocía al kurumbe como poseedor de objetos robados. El mismo día del arresto del kurumbe, el policía cayó enfermo y murió al cabo de una semana, algunos días antes del proceso... El asunto terminó de este modo ...

Hemos visto al desdichado Tom que, hoy, ya tiene veinte años. Cuando nos lo presentaron, vimos a un euroasiático gordo, con mejillas colgantes que, sentado en un banco, cerca de la puerta de su casa, torneaba barrotes de jaula. Los pájaros siguen siendo su pasión, como antaño. Al parecer, su inteligencia está normalmente desarrollada, pero se oscurece en cuanto se trata de plata, de objetos de oro o de plata: los sigue llamando “granos”. Por otra parte desde que sus padres lo enviaron a Bombay, en donde quedó algunos años “vigilado”, esta manía empieza a desaparecer. Un solo sentimiento permanece igual en él: el irresistible deseo de *fraternizar* con los kurumbes.

Para concluir rogaré al lector que relea en el *Diccionario filosófico* de Voltaire el pasaje en el cual el filósofo señala las cinco condiciones que se consideran suficientes para que un testimonio cualquiera pueda ser juzgado válido. Ahora bien, todas esas condiciones se encuentran satisfechas en nuestro relato acerca de los encantamientos y la *hechicería* de los mulu–kurumbes.

Veremos si los escépticos aceptan nuestra deposición confirmada por las declaraciones de testigos imparciales. O si la mayoría, salvo algunas excepciones, querra seguir siendo, pese a la filosofía de Voltaire, *plus catholique que le Pape*.

Invitamos a todos los incrédulos a que realicen un viaje, a la India, particularmente a la presidencia de Madras, a las “Montañas Azules”. Que vivan allí algunos meses y lleguen a conocer las “misteriosas tribus” del Nilguiri, sobre todo los kurumbes. ¡Y que luego, a su regreso a Europa, osen negar, si pueden, la realidad de la hechicería kurumbe!

Pero las “Montañas Azules” no sólo presentan al viajero el interés de un terreno de experiencias ocultas. Cuando llegue a sonar la hora bienaventurada –si es que algún día llega a sonar– en que nuestros amigos de las brumosas riberas de la “pérfida” y siempre desconfiada Albión, dejen de ver a un peligroso espía político en cada inocente turista

ruso, entonces los rusos harán viajes más frecuentes a la India. Los naturalistas de nuestra patria visitarán entonces la Tebaida montañosa que hemos descrito. Y estoy convencida que para un etnólogo, un geógrafo y un filólogo, sin olvidar los maestros en psicología, nuestras “Montañas Azules” o sierras del Nilgiri, se presentarán como un tesoro inagotable para las búsquedas científicas de todos los especialistas.